

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO V.—NUMERO 10.

SUMARIO:

I. Discurso, por Rafael E. Cháves.—II Madre! (poesía) por Isaías Gamboa.—III Bolívar, por Alonso Reyes G.—IV Híblea (poesía), por Sixto Morales.—V Las apariencias engañan, por Mary Springer.—VI Melodía (poesía), por Josefa A. Jurado.—VII Notas, por Alberto Masferrer.—VIII Azules.... (poesía), por Juan Antonio Solórzano.—IX El Beso, por María Guadalupe Reyes.—X Estrofas, (poesía), por Salvador C. Díaz.—XI El Tétanos, [Tesis póstuma], por Joaquín Eliseo Cortés.—XII Niños pobres, (poesía), por F. E.—XIII Novelas Cortas, por Ismael G. Fuentes.—XIV Notas.—XV Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61.

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Octubre de 1894.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 ^{er} . Vocal	„ Víctor Jerez.
2 ^o „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Juan Gomar.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er} . Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 ^o „	„ Isaías Gamboa.

SOCIO HONORARIO:

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Leopoldo A. Rodríguez.
„ „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
„ „ Alberto Masferrer.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Jeremías Martínez.
„ Indalecio Zelaya.	

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero de Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Trucios C.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	Dr. D.	Bubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	„ Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	„ Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	„ Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	„ Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.	Br.	„ Juan J. Lafinez.
Dr.	Désire Pector.	„	„ Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	„ Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	„ David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	„ Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.	„	„ Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	„ Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	„ Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	„ Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	„ Adolfo Castro.
„	Marcelino Jaramillo Ortiz.	Dr.	„ Jesús Díaz de León.
Dr.	Lucio Alvarenga.	„	„ Rafael E. Cháves.
„	Nicanor Bolet Peraza.	„	„ Ezio Monjardino.
„	Francisco Argueta Vargas.	„	„ Leonidas Pallares Arteta.
„	Celso Briones.	„	„ Ismael Enrique Arciniegas.
„	Domingo Martínez Luján.	„	„ Carlos Fernández Shaw.
„	José Joaquín Palma.	Dr.	„ Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	Sixto Morales.	„	„ Vicente Lines.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

Eusebio Bracamonte.

Victor Jerez,

Dorothea Fonseca.

TOMO V. |

San Salvador, octubre de 1894.

| NUM. 10

DISCURSO

DEDICADO A LAS DISTINGUIDAS SEÑORITAS

LEONOR MARIN Y ROSARIO RODRÍGUEZ,

Y

pronunciado por su autor en el acto de la inauguración de la Sociedad Lírica LA VIOLETA, en la ciudad de San Vicente, el 30 de septiembre de 1894.

Señoritas:

Señores:

Habiendo sido designado por quienes corresponde para venir á cooperar con mi insignificante palabra á la solemnidad de este acto festivo, me anticipo á manifestaros que si mis débiles aptitudes no respondieren al honroso cometido que se me ha confiado, sírvame de excusa á los ojos de vuestro benévolo criterio mi buena voluntad y mi entusiasmo cívico-patriótico por todo aquello que tiende al adelanto positivo de nuestra sociedad vicentina.

Las leyes del Eterno han infundido en la organización humana la cohesión espiritual que atrae, que junta á los individuos para formar esos consorcios de actividades inteligentes que se llaman asociaciones, y cuyo fin es su perfeccionamiento moral ó material. Obedeciendo á esas prescripciones inelu-

dibles del destino humano, una pléyade de apreciables señoritas han corrido presurosas á fundar la sociedad lírica "La Violeta" que en medio del aplauso y complacencia general verifica hoy la inauguración de sus trabajos escolares.

Es este un acontecimiento que colma de verdadero regocijo á los amantes del progreso, es éste un paso de triunfo que habla muy alto en pró de la juventud femenina que se levanta reivindicando el merecido crédito de este pequeño suelo.

Tiempo es ya de que las teorías de la civilización moderna se desembaracen de la especulación tradicional de las preocupaciones para descender al terreno de la práctica; tiempo es de que aunados los esfuerzos, enlazadas las actividades y fundidas en un solo crisol las voluntades, se emprenda la conquista de nuevas victorias, que al mismo tiempo que disciernen la gloria sobre la frente del lidiador, sirven de estímulo á las generaciones que vienen.

Siendo la juventud el elemento regenerador por excelencia, es ella la llamada á luchar por el mejoramiento de las sociedades, y á implantar el principio del ejemplo, que es la mejor enseñanza de los pueblos.

La juventud de ahora no debe

ser la juventud empedernida de otros tiempos, porque comprendiendo su consigna noble y su responsabilidad social, preciso es que se desprenda de la hidra de la inercia que ahoga al corazón y embota las facultades, para poner sus aptitudes al servicio del progreso y buscar en las fuentes inagotables del saber el bautismo de la inteligencia que es la purificación del espíritu y la satisfacción de la conciencia.

En el gran concurso de las ideas y los principios, de las ciencias y las artes, tiene la mujer un papel importante que desempeñar compartiendo con el hombre las tareas benéficas y sacrosantas que el destino divino ha puesto en manos de sus criaturas para bendición y felicidad de todas.

Las corrientes innovadoras del siglo han limpiado las tristes preocupaciones y los egoísmos despóticos de antaño que ponían diques á los impulsos elevados del elemento femenino. La mujer de entonces, sujeta con cadenas á los pies oprobiosos de una presión moral infamante, temblaba timorata ante las exigencias ridículas de aquellos tiempos. La mujer de ahora es la mujer inteligente que sale al encuentro del progreso haciendo valer los derechos que le son ingénitos, y luchando palmo á palmo bajo las banderas revolucionarias del perfeccionamiento, ya conquistando laureles, ya despertando emulaciones, pero siempre aprovechando los raudales de luz que arroja sobre el espíritu el advenimiento de la época contemporánea.

La filosofía y la historia han venido despejando los dilatados horizontes de la mujer, enseñándola los senderos por los cuales se camina á la cima de la felicidad.

Por eso mismo nuestras distinguidas señoritas, unificando sus

tendencias artísticas, se han asociado para trabajar con ahinco por el escalamiento de las alturas del arte en donde anida la poesía y revive el sentimiento.

Muchos triunfos prometió la naciente sociedad lírica, dada la inteligencia y, sobre todo, los firmes propósitos de las bellas noveles que mañana recogerán el sonoro aplauso de sus admiradores.

Cuando concurren las privilegiadas dotes que adornan á nuestras inteligentes señoritas, hay sobrada razón para vislumbrar en torno de la agrupación simpática "La Violeta" algo así como albor de gloria, como despertamiento prodigioso de un día esplendente y encantador.

Ojalá que no desmayen en su plausible labor. Que no sea la fogueidad del principio con que la raza latino-americana acoge las iniciativas. Que sus impulsos perduren, porque de la perseverancia en lo bueno surgen las coronas del inmarcesible bien. Sus esfuerzos recogerán el merecido premio.

Y si á esos esfuerzos plausibles por el adelanto añadimos los sublimes propósitos que han animado á las asociadas al congregarse, reluce mucho más el timbre de su mérito. En esos propósitos va envuelto el móvil de un afán por el alivio de los menesterosos: la caridad. Se trata nada menos que de procurar fondos á la Sociedad Católica de Señoras de esta ciudad por medio de veladas lírico-literarias en que el arte puesto en las manos hábiles y delicadas de las señoritas hará resaltar más los relieves de su gracia y su virtud. ¡Qué hermosa, qué sublime es esa idea! ¡Llevar á la cabecera de los infelices el bálsamo prodigado por la virtud y el arte, será el consuelo celestial desprendido en dulces melodías de las cuerdas del

violín y las modulaciones de la flauta!

Deseando obsequiar á la simpática asociación "La Violeta" con dos palabras más respecto de la música, permitidme dedicar unos pequeños párrafos á tan bello asunto, por ser éste el objetivo inmediato de la corporación.

La música es una de las más grandes creaciones de la naturaleza y el ingenio. La naturaleza la ejercita en los gorgoros del ruiseñor, en el bramido de los vientos y en el estruendo de los mares; el ingenio la perfecciona y la pone en boca de las Musas, en las cuerdas de la lira y en las sinfonías de la orquesta. Haber creado la música es haber dado al corazón el lenguaje más expresivo del sentimiento. Es inmensurable el poder que la música ejerce sobre la sensibilidad humana en los diversos estados del ánimo. El espíritu, arrebatado por el torbellino de una sinfonía, sube á las excelsitudes de un paraíso de delicias, ó desciende á las remotidades de un abismo de sombras. En una nota va el incendio de una pasión, el aliento que enloquece, el veneno que mata ó el consuelo que reanima; va la tristeza ó la alegría, la desesperación ó el aliciente, la muerte ó la vida, y... también los ensueños, las ilusiones y las esperanzas.

En todos los tiempos y lugares el hombre se ha servido de la música para mitigar sus penas, celebrar sus regocijos y ofrendar á Dios en el recinto de los templos ó al pie de los altares.

En los momentos preciosos de la ejecución de un trozo musical, en esos momentos de éxtasis sublime en que el alma se remonta á las regiones del infinito, en que Nerón sosteniendo un *si bemol* y la Patti arrancando de las vibraciones de su pecho un efluvio de armonías, en esos momentos supre-

mos en que el auditorio está pendiente de las notas del artista, brota á torrentes el sentimiento de lo bello y vuela el amor en alas de la fantasía.

¿Quién no se deleita escuchando un trozo de Lucía, de Aida y de Otello, un aria de Norma, una armonía de Rigoletto, una overtura del Trovador?

La mitología griega consagró la música á Apolo. Mercurio regaló su lira á éste, que según el decir de otros fue inventada por Orfeo. Pero en el sentir común se acepta la égida y propiedad del dios de Delfos.

Desde los tiempos más remotos todos los pueblos de la tierra han cultivado el divino arte; pero es del siglo pasado á nuestros días que los inmortales genios de Mozart, Meyerbeer, Wagner y Weber en Alemania; de Bellini, Donizetti, Verdi y Rossini en Italia; y de Gounod y Auber en Francia, han colocado la lírica á la altura de la perfección.

Las tendencias localistas, las exigencias de raza y las circunstancias especiales de cada pueblo han dividido el mundo musical en tres escuelas principales, imprimiéndoles los caracteres particulares que dan á cada una su fisonomía y su sello propio.

La música de la escuela italiana posee en alto grado la dulzura de la melodía y la ternura de las notas, poniendo en juego los resortes del sentimentalismo apasionado. Es por eso por lo que tiene mayor número de admiradores, pues siendo la inmensa mayoría profana en la materia, se deja impresionar más fácilmente del sonido melodioso que del tono armónico. Verdi, el decano actual de la ópera italiana ha roto las estrecheces de ese convencionalismo exagerado, dando á sus obras un giro artístico encantador.

La música alemana se caracteriza por su riqueza en armonía, de donde resulta una música correcta, enérgica y profunda, de instrumentación variada y hábil que gusta á las personas cuyo oído delicado ha recibido la educación precisa para percibir las bellezas del arte.

La escuela francesa enlaza la melodía á la armonía y se reviste del ingenio perspicaz que distingue á los hijos de San Luis. Su música satisfaciendo las exigencias del arte tiene el timbre trinitario de la dulzura, la armonía y el *sprit*. Su representante, el autor de "Fausto," ha muerto el año pasado, dejando en pos de sí una estela de gloria que acredita su inmortalidad.

Con la música ha sucedido lo que con muchos ramos del saber humano, en que la arbitrariedad formando escuelas, rompe en fragmentos lo que en su naturaleza y esencia debe estar unido. El arte en sí es único: el conjunto de sus peculiaridades forma su entidad indivisible.

La armonía y la melodía deben darse el abrazo de Gounod.

No estará lejos el día en que la simpática academia "La Violeta" nos obsequie con las lindezas de esas escuelas.

Artistas en embrión, recibid desde ahora mi ferviente aplauso.

HE DICHO.

RAFAEL E. CHÁVEZ.

San Vicente: 1894.

MADRE!

Madre! Te invoca mi alma
 ¡Oh dulce madre mía!
 Tú eres lo que hace falta á mi existencia,
 Porque tú eres la esencia de mi vida.
 Eso que busco loco
 Con una ansia infinita
 Sin poderlo encontrar; algo que pueda

Traer aliento al corazón que espira.
 Miradas de ternura,
 Inefables sonrisas,
 Besos dulces, muy dulces, empapados
 De lágrimas que vierten las pupilas;
 Abrazos que conmueven,
 Halagos y caricias;
 Palabras que mitiguen la amargura
 De las tristezas íntimas;
 Mucho cariño . . . tanto
 Como mi alma sensible necesita.
 Todo esto que compone lo más dulce
 Que haber puede en la vida,
 Esto, que busco loco y no lo encuentro,
 Se ha quedado contigo, madre mía!

*
 ¡Oh las ansias sin nombre!
 ¡Oh las enfermedades que aniquilan
 El corazón! La pálida nostalgia,
 Silenciosa enemiga
 Que vierte en nuestros labios
 La copa de su acibar,
 Veneno que consume lentamente
 Las fuerzas misteriosas de la vida.
 ¡Cuál sueña mi alma triste,
 Viendo en sus noches, tétricas y frías,
 El cielo de la patria
 Bello y azul; el río, la colina
 Donde jugué de niño; las mañanas
 Llenas de luz, . . . las noches pensativas.
 Y allí, en el hogar, junto á la lumbre,
 Todos los que componen la familia:
 El padre, cuyos labios dan consejos,
 La madre, cuyos ojos acarician,
 Los pequeños hermanos
 Y la hermana querida!
 Y yo en tanto me muero de tristeza,
 Y mi esperanza, débil, agoniza,
 Cual la luz de una lámpara olvidada
 En la iglesia sombría.

*
 Si te viera yo ahora
 ¡Oh inefable delicia!
 ¡Oh delirio de mi alma sin ventura,
 Aspiración divina!—
 Me colgara á tu cuello,
 Ebrio y loco de dicha;
 Te besara la frente,
 Los labios, las mejillas,
 Y lloráramos juntos,
 Lloráramos de gozo, madre mía!
 Después yo te contara
 Todo lo de la ausencia: las espinas
 Que he hallado, yendo solo, en un camino
 Que yo no conocía.
 Ese viaje en la sombra,
 Sin una voz amiga
 Que me infundiera aliento

Cuando cansado iba:
 Ni una estrella en el cielo,
 Y cerca, la honda sima
 En cuyo fondo negro se derrumban
 Tantos desventurados de la vida.
 Te hablara de mis penas,
 De mis batallas íntimas,
 De mis noches más lóbregas y tristes,
 De mis acerbos días.
 De todos mis recuerdos de otro tiempo,
 Y de mis esperanzas más queridas,
 Aquellas esperanzas
 Que se fueron diciendo que volvían.

.....
 Luégo, como agotadas las palabras,
 Y como quien medita,
 Calláramos los dos por largo espacio,
 Pensando en cosas inefables, íntimas:
 Cual si nos admiráramos
 De la suprema dicha
 De habernos vuelto á ver, tras una ausencia
 Prolongada y sombría....!

*
 ¡Oh madre de mi alma!
 ¡Oh vida de mi vida!

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador.

BOLIVAR.

La mirada de Dios penetra en el alma de Bolívar y la enciende en el fuego sagrado de la Libertad. Su corazón se magnifica y siente que las fibras le palpitan al calor de una causa que ama con delirio. La victoria de esa causa—que es la redención de medio mundo—, ó la muerte gloriosa en la contienda, lo elevará sobre todos los hombres. Piensa con tenacidad en el porvenir de su patria, y en un instante de suprema excitación, jura, con audacia inconcebible, poner sus fuerzas, su valor, sus intereses, su vida, al servicio de la magna obra que debía hacerlo inmortal.

Entonces, Bolívar es un loco.

Lucha en seguida, y en la lucha es atleta. Desafía obstáculos po-

derosos, triunfa de ellos, y aun amenaza, arrebatado de ira salvaje, vencer á la misma naturaleza, si se opone.

Entonces, Bolívar es un héroe.

Resuena su voz de tempestad por los dilatadísimos ámbitos del continente como el rumor de un cataclismo, y sus pensamientos hieren, como el rayo, la conciencia de los opresores. Estos, entre la densa tiniebla del desatino, acometen con furia de monstruos al ejército libertador. Bolívar, siempre sereno, siempre grande, resiste con la espada y con la palabra.

Entonces, Bolívar es un genio.

Avanza sin descanso. Empuña con soberbia su acero reluciente; habla con rara y prodigiosa elocuencia á sus soldados, y transformado en coloso de la guerra, combate en más de cien batallas con bravura sin ejemplo, y la tiranía se derrumba y el Derecho y la Justicia y la Libertad, fulguran en el cielo de la patria.

Entonces, Bolívar es Libertador de un Mundo, del Mundo de Colón.

De victoria en victoria, ha realizado su sueño portentoso, su creación sublime. La bandera de la Libertad flamea en el espléndido horizonte de la América Hispana.

La grandeza de Bolívar fascina.

El corazón de la juventud inteligente es pedestal vivo en donde se hiergue, luminosa, la figura excelsa de Bolívar, que enamora á los buenos y hace temblar de vergüenza á los perversos. Sus hechos extraordinarios, por sí solos, dan vida á la Historia y á la Epopeya de América.

No bastan las gigantescas alturas andinas, no es suficientemente elevada la cima del Chimborazo, pa-

ra contener esa admirable encarnación del Destino.

Bolívar no merece estatua material. Él gira en el espacio infinito como un sol, el sol de la Libertad. El Tiempo lo contempla así, tocando al cielo con las manos, de pie, sobre los umbrales del abismo.

En el sistema de GLORIA que forman los preclaros hombres de América, Bolívar ocupa el centro. Atrae, da vida é ilumina.

En el firmamento, es astro fijo. En el altar de la Libertad, es Dios.

ALONSO REYES G.

San Salvador, agosto de 94.

HÍBLEA.

(Para "La Juventud Salvadoreña").

De albo y perfumado pétalo
es mi delicada rima,
esa rima que vuela á tu oído
y que, en dulces acordes de cítara,
te llama. . . . te llama:
mi encanto, mi vida.

De pura esencia de nardo
es la esencia de mi rima,
esa rima, gentil mariposa,
que con besos de amor te acaricia,
diciendo. . . . diciendo:
mi encanto, mi vida.

De vagos rumores de aura
es el ritmo de mi rima,
esa rima que llora mis penas
y te lleva de mi alma las fibras,
cantando. . . . cantando:
mi encanto, mi vida.

De helado lampo de luna
es el brillo de mi rima,

esa rima oriental que te envió
como rico panal de miel hiblea,
por mí. . . . tan humano
por tí. . . . tan divino.

SIXTO MORALES.

Peruano.

Arequipa.—1894.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN.

(Para "La Juventud Salvadoreña".)

Se cuenta en la Mitología que Prometeo creó una estatua, y prendado de su obra, le dió vida. Mas Júpiter, indignado á causa de tanta osadía, determinó destruir al hombre, su obra, y mandó á Vulcano que hiciese una mujer y á Venus que le concediese hermosura. Llamó á esta criatura, Pandora, y le envió á Prometeo con una caja llena de todas las calamidades posibles. Mas Prometeo era astuto, y no se dejó engañar ni cautivar por los hechizos de Pandora.

Sin embargo; su hermano, menos cauto que él, se prendó de Pandora y se casó. Después de casada, se acordó Pandora de la caja, y para satisfacer su curiosidad femenil, la abrió, y todas las calamidades se esparcieron por el mundo. Con todo, pudo cerrar la caja antes de que se escapara el único dón que le había concedido Júpiter al hombre, como un lenitivo á su dolor.

Hay en este cuento mitológico más verdad y filosofía de lo que á primera vista parece.

Cuántas veces en este mundo se ve el hombre agobiado por trabajos y penas! Desfallecida su alma, cansado el espíritu, sucumbiría al dolor si no fuera por la esperanza, pues ésta le reanima, como el rocío á una flor agostada por el sol

ardiente del mediodía. Sean cumplidas sus esperanzas, ó falaces, jamás las pierde por completo. Recibe desengaño tras desengaño; pasan los años y no ve realizadas las esperanzas que acariciaba en su edad florida; ó si acaso llega al cúmulo de su ambición, y ve satisfechos sus deseos, la realidad no alcanza al bello ideal, que le había forjado su imaginación. Siempre le falta algo; nunca realiza todo su sueño dorado; y sí le queda perennemente un vacío. Pero no basta la amarga realidad, ni los desengaños y disgustos para desilusionarle por completo, y del fondo de su alma salta la esperanza más fresca que nunca, diciéndole al oído:—“Animo, pues aquí estoy yo”.—Ella le pinta el porvenir con los colores más vivos. ¿Qué sería de nosotros, pobres mortales, si no fuera la esperanza? A veces la muerte nos sorprende sin haber alcanzado ninguna de las dichas que ella nos prometía.

No obstante, sin ella tendríamos el corazón desalentado, y el alma enferma. Así pues, ¡bendita sea la esperanza!

*

En una población de Verzezuela, vivía Angela, encantadora niña de quince abriles. Sin ser una belleza, la naturaleza la había dotado de dones físicos y morales que captaban la admiración y simpatía de cuantos la trataban. Hija única de padres ricos, que la amaban con idolatría, no tenía más que pedir para ser satisfechos sus menores caprichos;—y sus padres cifraban toda su dicha en esta hija querida. Como la generalidad de niñas malcriadas, Angela era caprichosa, con todo y ser buena y cariñosa.

Un día llegó á Caracas un apuesto galán, que vino rodeado de lujo y cierto aire de misterio: sus trajes eran lujosos, y sus caballos soberbios, y lucía brillantes que va-

lían un Potosí; era arrogante mozo, tenía cabello negro y lustroso, ojos rasgados, y una sonrisa á lo Lord Byron, y en fin, era capaz de captarse los corazones de todas las doncellas impresionables.

Desde que vió por vez primera á Angela, le echaba miradas tiernas, y le hacía el oso; así que parecía una sombra suya, pues la seguía á todas partes.

Toda la población se ocupaba del misterioso forastero; mas nadie podía averiguar de dónde había venido, ni sus antecedentes.

Las preguntas que les hacían á sus criados no quedaban satisfechas, sino que excitaban aun más la curiosidad general por sus contestaciones evasivas.

Angela se interesó mucho hacia él, y no tardó demasiado en enamorarse del joven, tanto más cuando, á los pocos días, recibió una carta primorosa, en la cual le pintaba él su amor con las frases más expresivas y apasionadas.

No esperó Angela recibir la segunda, ni la tercera, como es costumbre en el código de los amantes; sino que la contestó inmediatamente, correspondiéndole de una vez. Su imaginación estaba exaltada por lo que había oído decir de él, y se figuraba que era el prototipo de hermosura varonil y del honor;—sin saber la incauta joven que estas dos cualidades no siempre van unidas, y que “no todo lo que reluce es oro.”

Los jóvenes siguieron correspondiéndose cartas por algún tiempo.

Se dio un gran baile, y el enamorado galán aprovechó la oportunidad para acercarse á Angela, con la que entabló una animada conversación. La madre de ésta se había alejado un poco para saludar á una amiga, y cuando volvió y encontró á su hija hablando con el forastero, le dio en el corazón, con un cer-

tero presentimiento de madre, que había de ser desgraciada.

En esto Angela cogió el brazo de Pablo Trellez, que así se llamaba, diciéndole á su madre que iba á dar una vuelta por el salón.

La buena señora, con el afán de una gallina que ha criado un pato y lo ve lanzarse al agua donde ella no lo puede seguir, llamó á su marido y le contó lo que pasaba.

—¡Qué voy á hacer, mujer!—le dijo él:—las jóvenes han de ser jóvenes, y no podemos evitar que el chico se enamore de Angela.

—Mas podemos evitar que ella se enamore de él. ¿Quién sabe quién será?

Viene envuelto en cierto aire de misterio. Muy malo es eso, porque la honradez no se oculta en las tinieblas, huyendo de la claridad del sol; únicamente la vergüenza y el crimen buscan la sombras. Pedro, llevemos nuestra hija á casa, pues me da en el corazón que ese hombre labrará su desgracia.

—Calla mujer, no seas tonta. El es rico y de un aspecto distinguido. Luego averiguaremos quién es.

El forastero no habló en el baile más que con Angela, y todo el mundo se ocupó de él y de ella, pues se notó que no se separó de su lado en toda la fiesta.

La madre de Angela fingió una súbita indisposición para llevarse á Angela á su casa. Reconvino á su hija por su ligereza en haberle hablado á una persona desconocida para ella, y Angela le contestó:

—Qué desconfiada es U. mamá! Es un joven muy distinguido y mañana le van á presentar en casa.

Su madre lanzó una exclamación, y le dijo á su marido:

—Te suplico que te niegues á recibir á ese hombre. Es un capricho de niña malcriada que tiene Angela, y no quiero que ese hom-

bre éntre en mi casa; pues sé que nos traerá la desgracia.

—Qué tonta eres, mujer! deja que la niña se divierta,—contestó el marido.

Envalentonada con esta respuesta, Angela seguía viendo á Pablo, y él muy pronto la pidió á su padre, diciendo que quería casarse con Angela dentro de un mes.

La madre y el padre (que al fin comprendió la torpeza que había cometido), pidieronle entonces á Pablo informes sobre sus antecedentes. Mas él se irguió y contestó con altanería:—Me retiro, si no me honráis con vuestra confianza, y renuncio toda pretensión á la mano de vuestra hija.—

En cuanto supo el resultado de la entrevista, Angela lloró y suplicó á sus padres que le dejaran casarse con el elegido de su corazón, pues de otro modo se moriría.—Me basta su palabra,—dijo ella,—y sé que es un hombre de bien. Mas vuestras sospechas le han zaherido y lastimado su amor propio, y por eso no ha querido satisfacer vuestra curiosidad. Le quiero con delirio, y no podré pasar la vida sin él.

Venció Angela á sus padres, quienes con su acostumbrada debilidad consintieron en que se efectuase el enlace.

Angela se casó, y fueron á pasar la luna de miel en una finca de sus padres.

Quando volvieron á la población pasaron el tiempo alegremente en reuniones y fiestas.

Mas al cabo de tres años comenzaron á correr rumores singulares tocante al marido de Angela, y se empezó á preguntar de dónde sacaba sus recursos.

Angela se puso descolorida y enferma, y á todas las preguntas solícitas de su madre contestaba:

—Si no tengo nada, mamá.

Pero la buena señora no se con-

formó con esto, y la importunó tanto con sus investigaciones, que un día se echó Angela en sus brazos diciéndola:

—Mamá, tengo que desahogarme, ó me muero: de noche no duermo, y si al cabo de mil vueltas en mi lecho consigo un poco de sueño, me da pesadilla, y me despierto horrorizada. Siempre veo á Pablo huyendo á la justicia. ¿Qué significará esto? Le conté mi sueño á Pablo, y soltó un conjuro, y me dió una mirada colérica, y me contestó:—“Si vuelves á hablar de eso, te pego.”

Ay, mamá, qué desgraciada soy! Pablo siempre ha sido muy cariñoso; por qué se habrá vuelto tan cruel conmigo?

La madre se indignó, y dijo:

—Si te llega á pegar, vuelve á casa de tu madre, pues jamás debes aguantar semejante villanía.

—No hay para tanto, mamá: él se arrepintió de lo que había dicho, y me pidió mil perdones.

La madre se abanicó fuertemente y tardó mucho en calmarse.

Las amistades de Angela se alejaron hasta dejar de visitarla; mientras que Pablo, que notó la extrañeza con que le miraban, se volvió taciturno y áspero.

Al fin, un día, prendieron á Pablo, y se lo llevaron á la cárcel, por falsificador de monedas. Angela se desmayó y no volvió á ver á su marido; pues á los pocos días murió ella de un ataque al corazón. Mas, antes de morir, suplicó á sus padres que protejeran á su marido, protestándoles que estaba segura de que él era inocente, y que solo era víctima de una trama urdida por sus enemigos.

Las últimas palabras de la hija adorada influyeron en el ánimo de sus padres, é hicieron lo posible para salvar á Pablo. Emplearon los mejores abogados para que le defendiesen; pero no valieron ni ta-

lento ni sofismas, porque salieron á luz todas sus fechorías, y fue condenado á presidio.

Hijo natural de un noble, había recibido una educación brillante; pero al morir su padre, le había dejado desprovisto de bienes y con gustos aristocráticos, que no podía satisfacer.

No tenía carrera ni modo de ganarse la vida, y tenía mucha afición al lujo.

Entonces se lanzó á una vida de aventuras, hasta que paró en el crimen.

Encontró un compañero tan vicioso como él: y los dos se ganaban la vida con una serie de fechorías, hasta que fueron descubiertos.

Los padres de Angela no abandonaron á Pablo en su desgracia, é iban á verle en el presidio, cuando esto se les permitía. La madre de Angela quería salvar el alma de este miserable disputándosele á las garras del demonio: y tanto pudo la buena señora con sus dulces palabras, que consiguió que Pablo buscara en la religión el perdón de sus culpas. Contrito y arrepentido de lo pasado, él le contó su historia; y ellos por su grande influencia, le consiguieron un indulto.

MARY SPRINGER.

New York: 1894.

MELODIA.

Te busco en vano
como la abeja
busca las flores
en qué libar;
como las olas
buscan la playa,
como el acero
busca el imán.

Te busco en medio
de la fortuna,
en los placeres
que el amor dá:
de las lisonjas
en el murmullo,
en los halagos
de dulce paz.

Te busco ansiosa
de noche y día,
¿donde te ocultas
que aquí no estás?

Sólo he logrado
saber tu nombre....
sé que te llamas

FELICIDAD.

JOSEFA A. JURADO.

NOTAS.

I

La vida de todo hombre, contada fielmente, es origen de grandes enseñanzas. Todos los acontecimientos son importantes, si se les examina bien. Nada hay pequeño: el insecto es grande para el infusorio; el elefante es pequeño para la ballena. Así pues, todo es grande, todo es pequeño, según como sea estudiado.

II

La autobiografía es siempre incompleta. Decirlo todo, narrarlo todo, descorrer hasta el más escondido repliegue del alma, es mentira; no se ha hecho jamás.

Sabed que todo hombre es un drama viviente: lo que tomáis por risa, es, á veces, llanto; lo que tomáis por cariño, es desprecio; lo que tomáis por vicio es virtud, y lo que tomáis por virtud, es hipocresía.

El hombre tiene como la fiera, el instinto de ocultarse; y siempre,

hasta cuando parece revelarse todo él, guarda sus secretos que solo á Dios confía, porque solo Dios puede juzgarlos.

Sólo en el caso de que un hombre viviera enteramente ageno al contacto de sus semejantes, podría abrir de par en par su corazón; pero no el hombre en sociedad, porque si bien puede tener bastante valor para mostrarse tal cual es, no lo tendrá para referir aquellos sucesos en que honras ajenas estén interesadas. No lo tendrá, si no es un malvado. Y todo hombre es actor en dramas que solo en parte le pertenecen. Por eso yo no creo en las *Confesiones*.

III

La virtud ideal, es una; otra la que está á nuestro alcance. No caer, es el gran mérito; pero todos pueden caer. El hombre, es decir, todo hombre es capaz del robo, de la mentira, del asesinato, del adulterio, de la envidia, de la traición. Jesús, que es el único salvo de esas miserias, no es del todo humano.

De entre todos esos crímenes, los merecedores de más severo juicio son los que implican ruindad, por más contrarios á la naturaleza humana.

IV

Nadie es dueño único de sus actos. Hay en ellos, la parte de responsabilidad que corresponde á la naturaleza, es decir: el clima, el organismo, el lugar y la herencia. Hay en ellos la parte social, es decir: la ignorancia que el mundo no ha sabido disipar, el hambre que no supo matar, el consuelo que no quiso dar; la burla, el desamparo, la indiferencia; todo lo que puede agriar un corazón, todo lo que puede sembrar la duda en el alma. Hay, en fin, la parte fatal, la cola-

boración del destino, que también es de Dios, en cuanto actúa como Providencia. Material y moralmente, la propiedad exclusiva, es una mentira. Hasta cierto punto, todo es de todos.

V

En Moral, aun no se ha hecho nada. En qué cantidad es buena ó mala una acción, según las diferentes circunstancias? Para nosotros, contingentes, falibles, puede ser norma la intención; para Dios no puede ser lo mismo. Por ventura será bueno lo que nosotros juzgamos malo, y malo lo que juzgamos bueno?.....

Estamos en plena incertidumbre.

El juicio, pues, y también la sentencia, deben ser moderados. De otro modo, la justicia puede quedar lesionada por el orgullo.

VI

Dios! Serás tú el eterno responsable?....

A. MASFERRER.

1894.

P Z U L I S

Mira qué azul está el cielo!
Mira qué azul está el mar!
Y qué azules son tus ojos,
¡Oh dulcísima beldad!

Majestuosa, cual el cielo,
Es tu alma angelical,
Y la mía es tempestuosa
Y profunda cual la mar.

Mira: así como á lo lejos
Se confunden cielo y mar,
Así tu alma con la mía
Confundidas vense ya.

Mas, es ilusión, amiga:
Ni toca al cielo la mar,
Ni nuestras almas á unirse,
Nunca, nunca llegarán.

J. Antonio Solórzano.

Acajutla, 1892.

EL BESO.

A MI QUERIDA AMICA

LA SEÑORITA LUCILA GAMERO MONCADA.

Era una noche serena, llena de luz, de estrellas y unánimes alegrías. La luna vagaba por la inmensidad del espacio, rodeada de su cohorte de diamantinas estrellas, bañando con su clara y cristalina luz las cumbres de las montañas que circundan la altiva capital de Honduras. El verde esmeralda de esas montañas y el amaranto que los últimos destellos del astro diurno habían dejado, se confundían graciosamente en Occidente.....

Era una noche de fiestas y placeres, de encantos y alegrías nacionales.....

Clorinda, la bella hija de la ciudad de.....y que se encontraba de temporada en la bulliciosa capital, pensó tomar parte en el general contento. Ella era de carácter naturalmente alegre y festivo, gracioso y complaciente, por manera que en una noche en que todos se disponían á gozar, y sólo á gozar, no era creíble que la niña que tenía sonrisas para todos, cuentos alegres y chistes graciosos, permaneciera sin salir de casa, triste y pensativa.

No, no era posible.

La tristeza aun no se había posado en la frente de aquella her-

mosa niña; las horas de abrumadora nostalgia le eran entonces desconocidas.

Después de comida, se retiró á su aposento en el cual permaneció largo rato.

Las amigas á cuya casa había venido no se inquietaron por ella; adivinaron por intuición natural lo que su amiga Clorinda estaría haciendo, y sonrientes esperáronla á que saliese del aposento.

A poco, apareció radiante de hermosura, imponente, deslumbradora, con su eterna é incitante sonrisa en aquellos labios más rojos que la flor del granado, con su andar airoso regio: tenía porte de reina: al verla, inmediatamente pensábase en las soberanas de la tierra, creíase ver en ella una princesa del Celeste Imperio ó una hija del Cáucaso, tan renombradas por su belleza. Era Clorinda un remedo completo de aquella hermosa raza.

Su tez blanca, su extremada palidez, parecía haber sido formada de pétalos de jazmines de Persia y azahares de los que se dan en nuestra fértil tierra americana; pero no era una palidez fría é insensible, no; dábanle brillo y seductor encanto dos ojos negros, profundamente negros, circundados por pestañas negras; la ceja era arqueada, de un color superior al del interior del ojo, de mirada intensa, profunda, lo que algunos atribuían á lo dilatado de la pupila, y otros al arte que algunas mujeres emplean para hermosearse, llegando á tal extremo que pierden á fuerza de polvos y grasas las dotes de belleza natural.

Sería Clorinda de esas pobres ilusas que malgastan un tiempo precioso que deberían emplear en hacer obras de caridad cristiana, en velar por su honor y en cuidar de su desierto hogar el cual abandonan á manos mercenarias; porque

pasan la mayor parte del día frente al espejo, probándose vestidos, haciéndose y volviéndose hacer el peinado; que llevan marcado en su frente el sello de la impaciencia, porque nunca creen ataviarse lo suficiente para estar hermosas?

No; Clorinda tenía deberes que llenar; era toda alma, toda espíritu.

Había quedado huérfana de madre cuando apenas contaba doce años de edad, rodeada de hermanitos pequeños que lo esperaban todo de ella, y el cuidado de su hogar le absorbía todo su tiempo.

Era hermosa, deslumbrante, pero en su belleza no había nada de supérfluo, las variadas aguas de tocador no habían rozado nunca los negros bucles de su cabellera de ébano, los polvos, cremas y grasas no se habían posado nunca en sus pálidas mejillas.

Ella presentaba su belleza natural sencilla, pero majestuosa cual la naturaleza americana; y la naturalidad de sus formas, lo gracioso de sus contornos hacíanla aparecer superior á las demás.

En la noche á que hacemos referencia apareció á la vista de sus amigas graciosamente vestida. Su traje era blanco, ténue y vaporoso; estaba formado del color que simboliza la pureza, el cual contrastaba con la blancura de sus mejillas. Un soñador podía tomarla por la Beatriz que el Dante se imaginó, ó por la diosa protectora de las selvas americanas. Su cabellera, el más gracioso y natural adorno de la mujer, suelta y libre vagaba por su blanca y mórbida espalda; una ligera mantilla azul turquí, como el cielo de su patria, le cubría los hombros y ligeramente besábale los cabellos.

Satisfecha de sí misma presentóse á sus amigas y las invitó para que fueran á paseo á la próxima villa de Concepción, á donde afluan mul-

titud de personas en aquella noche destinada al goce y al placer.

Todas aceptaron gozosas la idea iniciada por la hermosa Clorinda, y se dispusieron á salir de casa. El anciano padre de Clorinda les haría compañía.

Qué de goces disfrutarían en aquella noche! cuántas ilusiones cruzarían su mente, ilusiones de dichas y placeres!

Acompañadas del padre de Clorinda, llegaron ésta y sus compañeras á casa de una antigua amiga de la madre de Clorinda, donde se prometían pasar la velada después de vagar alegremente por las calles de la hermosa villa, como lo habían hecho multitud de familias.

Gozosas estuvieron, bailando, que es el supremo goce de la juventud, hasta las once de la noche, hora en que la dueña de la casa sirvió el té con exquisita cortesanía y amabilidad. Las doce sonaban en el reloj cuando en medio del mayor placer, el padre de Clorinda inició á ésta que era hora de retirarse, que era tiempo de volver á casa.

Caritristes se disponían á la partida; las horas del placer son fugaces, muy fugaces; apenas lo presentimos, apenas creemos palparlo cuando huye lejos, muy lejos del mísero mortal que se creía feliz para siempre.

¡Triste condición humana! buscar el placer, anhelar el goce y siempre el goce, y encontrar á veces tristeza y desencanto ó una cruel y espantosa realidad.

La noche estaba silenciosa; ya los paseantes todos habían regresado á sus hogares ó encontrábanse aún en brazos del placer en el interior de los edificios.

La luna estaba á la mitad de su carrera en su carro aéreo.

El río que divide la capital hondureña, de la próxima villa, presentaba un aspecto encantador, admirable.

El acompañamiento de graciosas niñas, entre las cuales venía Clorinda, llegó hasta el puente de piedra, obra maestra de nuestros antepasados y que une la altiva capital con la simpática villa.

A pocos pasos de éste, distinguieron á la luz de la luna, y recostada perezosamente en una de las pilastras, una forma negra, pero inmóvil: parecía que estaba unida á la pilastra. Caminando hacia ella pudieron percibir que aquella forma era el esbelto cuerpo de un hombre, y lo creyeron dormido.

Las jóvenes, con el carácter propiamente alegre de la juventud, no se cuidaron nada de inquirir quién podría ser; y entre alegres risas y animada conversación seguían su camino.

Clorinda era de las del centro, y al pasar frente á la pilastra, allí en el lugar donde se percibía la humana forma de un hombre, éste se irguió, y de un salto púsose frente por frente á Clorinda, é imprimiendo un inevitable y sonoro beso en los labios de la hermosa niña, díjole: "Ricardo Montecinos, por si es el primero,"—y rápido como el placer se alejó de aquel lugar.

El estupor de Clorinda fue terrible. Aquel beso le había quemado los labios y encendido la sangre; aquel ósculo le había crispado los nervios todos; aquel estallido tremendo, de un amor ignorado de Clorinda, ¿era para ésta nuncio de días venturosos y felices, ó era fatal presagio de desventuras?

Cuando ella volvió de su letargo exhaló un grito; pero uno de esos gritos terribles, exclamaciones nacidas del frágil corazón humano, y también gritos del alma que anonadan y paralizan los nervios.

El grito de Clorinda hizo salir de su sorpresa á sus compañeras

de paseo, y como aquello había durado algunos instantes, el hombre había escapado; nadie dio cuenta de él ni se pudo averiguar por dónde había cogido. El señor Rivera, padre de la niña, terriblemente enojado, hubiera dado su existencia por unos instantes de vigorosa juventud, para correr hasta alcanzar aquel atrevido y mal caballero, el cual hubiera pagado caramente su culpa; pero nada pudo hacer, sus sesenta años, su cuerpo demasiado robusto le imposibilitaban para la carrera.

Llegó ésta á su casa y allí dio rienda suelta al llanto, se mesaba los cabellos, se desesperaba, lamentaba el fatal momento en que se le había ocurrido ir al paseo y más se enojaba consigo misma cuando pensaba que ella había sido la iniciadora.

Aquella noche no durmió, y sólo se metió en el lecho por las instancias de sus amigas y los ruegos del señor Rivera, su padre.

Aquella noche fue para la alegre Clorinda, tristísima.....noche de insomnio cruel; apenas estuvo en la cama dos horas; pues cuando el alba asomaba en oriente, Clorinda salió de su cuarto y se dirigió al jardín en busca de tranquilidad para su espíritu: ansiaba respirar el aire puro y fresco de la mañana, buscaba el perfume de las flores y las gotas de rocío en ellas pasaban luego de los pétalos á sus ardientes mejillas; queriendo así transmitirles el frescor de las flores. De temperamento nervioso, estaba sumamente irritada por el desvelo y las impresiones de la pasada noche.

Después de vagar inútilmente por el jardín y no hallando distracción donde otras veces habíala encontrado con la multitud de flores, ora haciendo preciosos ramilletes, ora conociendo las diferentes clases de éstas y las particula-

ridades de cada cual que el jardinero le mostraba, dispuso sentarse al borde de una hermosa pila, que en el centro del jardín había, á contemplar las cristalinas gotas de agua.

Sin embargo, iba con el mal doquiera encaminarasus pasos. Aquella mañana nada la distraía, la fatídica y sombría figura de un hombre vagaba por su mente haciéndola estremecerse.

Las palabras de aquel hombre dichas cuando aún se escuchaba el eco de aquel fatal beso—"Ricardo Montecinos, por si es el primero",—estaban como estereotípicas en su mente.

Lucha tenaz sostenía por borrar de su imaginación suceso tan desagradable; pero era imposible.

Después de algún tiempo de los acontecimientos que hemos narrado, Rivera, en unión de su linda hija, volvieron á su pueblo natal; ay! Clorinda dejaba su bienestar, la alegría de su alma en la capital hondureña. En el momento de la partida y al despedirse de su amiga Inés, díjole al oído: "Adiós, amiga querida, creo que no nos volveremos á ver más; llevo la muerte en el corazón; ruega por mí."

Aquellas palabras dichas á media voz, impresionáronla demasiado; los acompañantes sorprendieron en aquellos ojos negros que nunca habían llorado, una gota de agua trasparente que rodando por la tersa mejilla de Clorinda, parecía una gota de agua en los pétalos del jazmín.

Había llorado.....

Las lágrimas no saltan á los ojos sino cuando el corazón sufre intensamente, ó también cuando después de dilatado sufrimiento se tiene un instante de placer.

Las lágrimas que brotaban de los hermosos ojos de Clorinda, eran indicio de que sufría intensamente.

En su ciudad natal, y en medio

de su familia y amigos, había sido la niña predilecta de todos, la reina de la hermosura y el buen gusto; todo lo que se hacía pasaba primero por la aprobación de Clorinda, había algo del espíritu de aquella niña en el alma de la sociedad de su pueblo natal.

A su regreso, encerróse en sus habitaciones; nadie la veía; ni recibía ni correspondía visitas.

Sus amigas íntimas, aquellas que habían compartido con ella los juegos de la infancia, aquellas que entre risas y lágrimas habíanla despedido cuando su partida á la capital, aquellas que durante su ausencia recibían correspondencia diaria, aquellas que anhelaban el ingreso de la amiga querida á su pueblo, que deseaban tenerla nuevamente á su lado, no podían menos de extrañar su conducta.

Rogó á su padre no hicieran su ingreso á la ciudad sino hasta por la noche, y Rivera que amaba con delirio á su hija, no tuvo obstáculo en darle gusto.

Además no dieron aviso del día que llegaban para que no los fueran á encontrar; sin embargo de lo cual, los amigos íntimos, los familiares fueron algunas millas fuera de la ciudad de... aunque inútilmente.

Sí, inútilmente, porque no les encontraron: Clorinda había previsto todo eso, y ella sólo pensaba alejarse del mundo.

Fueron á la morada de la que había sido cariñosa y tierna amiga, y la encontraron desierta.

Este era un misterio, pero un misterio indescifrable para aquellas buenas gentes.

Cundió por el pueblo la noticia de que Clorinda no recibía á nadie, ni de nadie quería dejarse ver; y la maledicencia, tan propia de lugares pequeños, empezó á hacer conjeturas, conjeturas que tan terribles son á veces.

Unos la juzgaban orgullosa, merecida, ó achacaban á tontería su aislamiento.

Las personas que sinceramente la querían, la disculpaban pretextando enfermedad, con lo cual aparecían como preferidas por la amistad y confianza de la hermosa niña; pero luego había quién dijera que nunca entraba médico á la casa.

Y apesar de las investigaciones, Clorinda empezaba á sentir los síntomas de una enfermedad alarmante.

Había quienes audazmente lastimaran el honor de la inocente virgen

Y el todo de la verdad era que por más que se devanaban los sesos no averiguaban el motivo de aquella clausura.

Ni el piano había vuelto á oírse; todo estaba triste; pues la dueña de aquellas habitaciones parecía no existir.

La tristeza con su manto funeral había entrado á aquellas habitaciones, y no podía inquirirse la verdad de tanta transformación.

Pasaron dos años desde el regreso de Clorinda á su pueblo natal y había observado durante el curso de ellos el mismo sistema de vida que en los primeros días.

Ya en el pueblo la habían casi olvidado; estaba notablemente cambiada; cuando la conocimos era pálida, más entonces su palidez era agradable, con ligero tinte de rosa y púrpura; y en la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que narramos, su palidez era intensa, mate, sus negros y hermosos ojos carecían de brillo, de aquel brillo seductor que atraía las miradas de todos, sus labios eran también pálidos. Había desaparecido de ellos la alegre y festiva risa.

En fin, Clorinda estaba transfor-

mada tanto en su parte física como en su parte moral; apenas se advertía en ella la jovial y complaciente niña de otros tiempos; su carácter era entonces apático, sombrío, triste, propenso á la melancolía.

Lentamente se estaba acabando aquella estrella de plácidos esplendores, pues no iluminaba ya ni en su hogar.

Rivera veía que pronto el infortunio le daría aquel golpe fatal; su hija.....la hija adorada de su corazón, estaba pronta á descender al sepulcro; no podía explicar lo que sentía; las palpitaciones de su corazón eran tan fuertes, tan intensas que parecía que el pecho iba á rompersele.

Su anciano padre, que vió y conoció desde un principio el motivo del cambio de su hija y que juzgaba en su solicitud paternal de dónde partían sus sufrimientos, la espiaba continuamente.

Ella no salía de su cuarto sino por mucha urgencia y breves instantes; pero su padre, los momentos que sus ocupaciones le permitían, permanecía oculto en el aposento de ésta y en más de una ocasión sorprendiéndola llorando; entonces, en su carácter de padre trataba de interrogarla sobre sus penas, á lo cual contestaba arrojándose en sus brazos y dando curso á sus lágrimas; largo rato permanecían llorando entrelazados, semejando la débil planta apoyada al fuerte roble.

Pero, pasaban tan dolorosas escenas, que aminoraban las fuerzas del anciano Rivera y disipaban el aroma de la juventud en la hija....y luego volvían á quedar lo mismo que antes.

Otras veces, hallábala escribiendo largos pliegos; luego interrumpía su trabajo, se ponía á leerlos, dejaba esto también para dar corriente á los suspiros y las exclamaciones, las cuales eran ininteligibles para todos.

Qué escribiría la hermosa niña mojado su pluma en lágrimas amargas...!

Sería el bosquejo de su vida que tan bella presentósele en la alborada de su juventud, ó sería quizás la historia de una noche de fiestas y placeres, de una noche de goce inmenso, de una noche de encantos y alegría cuyo recuerdo flotaba en su mente?

Nadie lo sabía.....

La existencia de Clorinda era un misterio impenetrable para todos, tenía una muralla infranqueable: su silencio.

De repente, hubo alarma en la ciudad de... Clorinda había sido la niña mimada y el encanto de toda la sociedad donde vivía; y... Clorinda se moría... se moría en la primavera de la vida!

Aunque ella esquivaba la sociedad y el trato de las gentes, aquella sociedad la amaba como á su hija primogénita ama un buen padre de familia; todos se quejaban de su aislamiento, ansiaban su amistad, había sido tan buena, tan generosa y amable, que aun vivía indeleble el cariño para la dulce niña en todos aquellos corazones.

Un acontecimiento vino á poner en movimiento á las familias todas, y el que nadie esperaba en el pueblo.

Clorinda escribió una carta.. á quién? á una amiga antigua, con la cual habíanse tratado como hermanas, concebida en estos términos:

“Señorita Rosa Hernández.

Presente

Mi querida Rosa:

Consigue permiso de tus padres y ven á pasar unos días á mi lado: serán pocos, pues contados están

los de mi vida en el reloj del tiempo. Creo que vendrás.

Hasta la vista.—Tuya,

Clorinda."

Rosa, que amaba con cariño entrañable á Clorinda, al recibir la carta que nuestros lectores conocen y la petición que en ella le hacía, volvió á donde sus padres y les mostró la carta de su doliente amiga; ellos, por toda respuesta, le dieron su asentimiento para que fuese á hacerle compañía á la hija de Rivera.

Fué tal el placer de que Clorinda llamase á Rosa, la *rubia del pueblo*, que corrió con presteza la noticia, y todas habrían ido gustosas; pero Clorinda sólo á Rosa llamaba; luego sólo á esta necesitaba.

Llegó veloz como una gacela á la casa de su amiga, y como hacía algún tiempo que no la visitaba, al llegar mandó á anunciarse; mas los asistentes de la casa estaban enterados de que iría aquella señorita y la introdujeron inmediatamente á la pieza de Clorinda: ésta estaba en el lecho, ese día no había podido levantarse; sin enfermedad conocida, estaba moribunda.

Rosa avanzó decididamente hasta el lecho: allí, en medio de blancas cortinas cogidas por lazas celestes, vestida de blanco y cubierta con un abrigo de seda también celeste, estaba Clorinda, la amiga de su corazón.

Tenía los ojos medio cerrados; adormecidos y envueltos por largas pestañas negras, parecían no haber sentido el roce del vestido de Rosa con el pavimento; y ésta no quería molestarla, la contemplaba en silencio, apenas conocía en ella rasgos de la festiva amiga de antes.

Sentóse á la cabecera de la cama y tomó entre las suyas la blanca y descarnada mano de su en-

fermita; empezó á frotárselas con suavidad y esmero como si tuviera en sus manos un lienzo de blanco razo.

El suave calor que la mano de Rosa transmitió á la de Clorinda hizo que esta saliera de su letargo y abriese sus grandes y rasgados ojos con expresión de espanto; la cual cambiábase al momento en alegría al ver á Rosa frente á ella en actitud cariñosa. Se incorporó con violencia en el lecho y le dijo á su amiga:

—Rosa, Rosa, eres tú.....? no es visión de mis débiles ojos?; Ah, qué placer! ven Rosita mía, dame esos brazos para reclinar en ellos mi dolorida cabeza. Me siento morir, amiga mía, y como tú has sido la más cariñosa de mis amigas, no dudé un instante en escribirte llamándote á mi lado, confiada en que tú no harías caso de mi conducta, desde mi regreso, para con todas ustedes; pues mi cariño para todas es siempre el mismo, mis afectos les pertenecen; y aunque motivos que callo me obligaban á conducirme de esa manera tan extraña para mis amigos, creo, tomándote á tí, mi buena Rosa, como representante de nuestra sociedad, que no dudarán de las palabras de una moribunda.

Rosa apenas podía contener el desbordado torrente de lágrimas; tenía á Clorinda en sus brazos y una lágrima suya cayó en la pálida mejilla de la niña, que Rosa se apresuró á enjugar con un rizo de cabellos negros de la hermosa enferma.

—Qué feliz era yo, Rosa, dijo ella, y qué desgraciada soy ahora, causando la pena de todos los que me rodean, viendo morir de pesar á mi padre! no resisto ya tanto sufrir, deseo con toda mi alma que esto termine luego.

—Pero qué tienes, mi querida amiga?—díjole Rosa con cariñoso a-

centó—: haz un esfuerzo por sobreponerte á ese mal, toma los medicamentos y te verás buena, ¿por qué existe en tu mente la idea de la muerte? ¡morir tan jóven, cuando eres el encanto de todos los que te conocen! no amiga, desecha esas creencias y sé feliz. Y selló sus últimas palabras con un beso en la purísima, inmaculada frente de Clorinda.

Estrémeciése visiblemente la enferma al sentir aquel beso, lo que para Rosa no pasó desapercibido, pues espiaba con fraternal cariño todos los movimientos de Clorinda, y turbóse;—ella también ignoraba la causa del estremecimiento de Clorinda y pensó si le habría hecho algún daño.

Del pecho de la paciente salió un prolongado suspiro, y díjole así:—“Mi enfermedad no es física, las recetas del doctor B., que como tú sabes, es el mejor médico de la capital por sus profundos conocimientos, por su larga experiencia y por el afecto y solicitud paternal con que ve á sus enfermos, no pueden aprovecharme. Él ha venido varias veces á verme, y te confieso con franqueza que me ha hecho más su conversación, sus mimos y consejos, que todos los jarabes y drogas; él opina que todo es nervioso, partiendo de que me ve siempre triste. Y se equivocan: mira ese pañuelo y te formarás una idea de mi mal y de si podré vivir.

Buscó Rosa el pañuelo con la vista y lo encontró en la consola; grande fue su sorpresa al ver en aquel lienzo manchas de sangre de un color atabacado; ligeramente pasó por su mente la fatal idea de si su amiga estaría tísica, y conociendo lo terrible que es esa enfermedad, que rara vez perdona á sus víctimas, pensó con seriedad en las palabras de Clorinda. Había oído decir que nada era tan cierto en esos lances como la opinión del

enfermo y ella creía á ciegas en su cercano fin; esperaba la muerte resignada, como término á sus sufrimientos, la consideraba como el grau paso á otra vida más feliz.

Pero aun con esto, Rosa creía engañar á la enferma y derramar en su corazón la esperanza, y díjole:—“¿cuál es el diagnóstico de los médicos á este respeto?”

Clorinda respondióle que había oído al joven Dr. R. decirle á su papá que no tuviera cuidado, que aquella sangre era de la garganta, ocasionada por el esfuerzo de la tos.

—“Pero no sólo yo sé, Rosa, lo que siento: por lo que hace á los señores médicos, no dudo de su ciencia; pero á mí no me vuelven á la vida; á mi padre le dicen todo eso por consolarlo; sin embargo, su corazón como el mío nos están pregonando día por día nuestra pronta separación. Hay en mí males inexplicables y también de carácter incurable para los cuales la ciencia es impotente.

Te he llamado á tí para confiarte cosas que no quisiera poner en boca de una sirvienta; mi padre no puede oírme, le falta valor; mis hermanitos, que han venido dejando sus estudios porque yo los llamé que vinieran á despedirse de su segunda madre, qué pueden hacer sino es llorar?”

Rosa, el origen de mi enfermedad parte de una noche de luz y alegrías, de una noche de fiestas y placeres... extraño te parecerá, pero así fue; contarte el motivo, no puedo; además tú lo sabrás después, hoy sólo te diré que aun en el borde del sepulcro como me encuentro, me persigue la negra silueta de un hombre y oigo constantemente sus palabras; nunca he podido averiguar quién era él ni cuál su residencia; pero ese sér se interpuso en mi camino y en un instante robóme la tranquilidad.

Mira, la vida se me acaba por

instantes, quiero que tú dispongas todo de acuerdo con mi padre.

—Difícil encargo por cierto,—contestóle Rosa.

—Sufrirás mucho, lo sé, mi buena amiga; también yo sufro intensamente, pues conozco que me amas como á una hermana y por lo mismo tengo fe que cumplirás mis disposiciones. Soy cristiana, la doctrina del crucificado que mi santa madre inculcó en mi espíritu allá en los plácidos años de mi infancia, ha sido siempre el norte de mis acciones; así pues, para morir tranquila necesito los auxilios de esa bendita religión.

Antes de que mis ideas se ofusquen llamarás al virtuoso sacerdote J.: con él quiero hacer mi última confesión; él ha sido mi director espiritual, quiero oír en el último instante de mi vida sus sabias palabras, de acuerdo con él dispondrás que el Viático se me dé con la mayor solemnidad posible, tú sabes cuánto me agrada que á esos actos tan grandes se les dé la debida pompa. Después de mi muerte me pondrás aquel vestido de seda blanco con lazas blancas que tanto te agradaba y que con tus bromas y chistes graciosos me decías siempre que lo veías que estaba bueno para el tocado de una novia en el día de sus bodas, te acuerdas? Cuando hice mi paseo á Tegucigalpa, lo pusiste en mis cofres y yo lo saqué, porque cuando lo veía venía cierta idea á mi mente: tú me reprendías seriamente por lo que tú veías como modestia exagerada, y yo te repliqué, sonriendo, que: era propio para adornar á una virgen en su lecho de muerte. Los impenetrables designios de Dios han querido que se realice lo que yo en chanza y por molestarte decía, y en ese caso no nos queda sino resignación, lo que al Eterno pido para los seres

que sentirán mi partida eterna.

No me pondrás un solo adorno que no sea de color blanco, blanco será todo.

Aquellas zapatillas de raso perla que tú me regalaste el día de mi cumpleaños, calzarán mi pie para mi viaje á la última morada.

—No, Clorinda, esc no.

—¿Por qué, mi buena Rosa? no quieres que lleve á la eternidad un recuerdo tuyo? Me resientes.

—Obedeceré tus órdenes, no te fatigues.

—Encarga el velo á Tegucigalpa quiero que sea de punto de seda blanco, y la corona de azahares. Negro no quiero; nada ¡ah! ese color me horroriza. Negro..... eso simboliza, todo lo tético y funesto: negra es la tiranía, negra la envidia; la avaricia y la desesperación, negras son: negra era la sombra que él proyectaba..... Ten presente, Rosa: negro no quiero nada.

Tranquilízate amiga mía, se hará como tú quieres.

Y jugaba Rosa con los rizos negros de la enferma.

—Mis cabellos son negros ¡qué desgracial porque no tienen el precioso castaño oscuro de los tuyos?

Harás que me coloquen en la salita baja que dá al jardín: me ponen cuatro cirios de amarillenta cera, dispones que cuatro niñas cuyos nombres te voy á decir, vayan llevando los blancos colgajes de mi ataúd, ellas son: Lucía mi prima, Luz tu hermanita, Claudia y Ester, las dos hermanas García; todas creo que tienen la misma estatura, que vayan todas con vestiditos de linón blanco y que lleven coronas de jazmines y rosas de thé; quiero que así como sostuvieron la larga cola del vestido de Laura el día de sus desposorios, así lleven los colgantes de mi ataúd.

Qué disposiciones de loquilla, verdad Rosa?—decía á su amiga

mientras le oprimía con ardor la fresca mano.—Mis manos queman, verdad amiga?—No me respondes nada, ¿qué tienes?

—Nada, estaba distraída, oyendo tus órdenes y á ellas te responderé que no tienen nada de malo, sólo que por qué piensas en eso? que si no fuera mejor que te dispusieras á dejar ese lecho con lo cual te verías buena.

—No te hagas ilusiones, Rosa, hijas del afecto que me profesas; antes de que el mes de marzo caiga en el abismo del tiempo, mi vida se habrá extinguido: yo siento dejaros, pero allá talvez seré feliz..

.....y

Clorinda buscaba el firmamento á través del techo de raso de su abrigado cuartito.

—Quiero que me sepulten en el jardín, eso se lo diré á mi padre; que manden construir mi losa bajo el emparrado de jazmines de Persia, y así mi sepulcro permanecerá cubierto en todo tiempo de esas flores que han formado mi delicia; qué mejor ni más lujosa alfombra para mi tumba que los jazmines!; no quiero ciprés de ninguna clase, la sombra del ciprés es lúgubre, negra.....

Y tú, mi querida Rosa, prepárate á concederme el debido perdón que por mis faltas necesite y alcánzame de esa sociedad. Que no lloren mi temprana muerte: que consagren un recuerdo á mi memoria, adornando mi sepulcro con siempre-vivas blancas y azucenas.....*

Diez días después, las campanas del pueblo de ... tocaban á muerto. Las puertas de las casas permanecían cerradas, las calles desiertas; sólo en la habitación de la familia Rivera veíase movimiento: era un entrar y salir continuo. Una vecina curiosa acercóse y preguntó qué sucedía, y otro espectador frío contestóle: "la señorita Clorin-

da Rivera ha muerto".... Despavorida huyó la pobre mujer, lanzando á los cuatro vientos exclamaciones de dolor.....

Allí en la salita baja yacía Clorinda en un lecho de flores, vestida de blanco; por la ventanilla que daba al jardín entraban los jazmines y los lirios á perfumar la estancia de la inocente virgen muerta.

Clorinda había muerto; todo se había dispuesto según ella lo había ordenado antes de morir.....

Qué había sido del hombre que de una manera tan fatal se interpuso en su camino, nadie lo sabía; como no era conocido no hubo quién diera razón de él.

Allá á la media noche, cuando en presencia de un cadáver se entrevé la eternidad, un hombre encapotado, vestido de negro, se introdujo en la casa, llegó al lecho mortuorio y con asombro de todos tomó un lirio de entre las manos yertas de Clorinda y lo besó con delirio varias veces, luego cortó un azahar de la corona que ceñía aquella frente donde se anidaron en otros días halagadores pensamientos, y lo guardó cuidadosamente en su cartera, en la cual escribió un breve instante.

¿Qué escribiría? sería la fecha de una noche de fiestas y placeres, una noche de luz y alegría?....

O sería quizá la fecha de la noche funeral?—¡quién sabe! Quién era aquel hombre fatal, aquel hombre negro, nadie pudo saberlo.

Clorinda dejó un paquete manuscrito, amarrado con un lazo de cinta blanca y dirigido á su amiga Rosa, titulado "Una noche", y en el cual estaba escrita su vida con lágrimas amargas.

MARÍA GUADALUPE REYES.

Tegucigalpa, septiembre 4 de 1894.

ESTROFAS.

Amo los imposibles! La ola erguida
Para mostrar al cielo su albo seno,
Necesita estrellarse enfurecida
O retar del simún el desenfreno.

Amo los imposibles! El camino
Moral debe trazarse aquí en el mundo,
Sobre los dardos del feroz destino,
Sobre las cuitas y el dolor profundo.

Con su cortejo de ayes y lamentos
El infortunio con furor me atrae;
Absorben mi dolor los sufrimientos
Y me fascina la mujer que cae.

El carácter, el mérito y la gloria
Deidades son que, en orden ascendente,
Tienen los pies en la infectiva escoria
Y en la alta cumbre la soberbia frente.

En las esferas sin calor ni aurora
El sublime ideal jamás fulgura:
El éter, que es la vida, no colora
Sino ascendiendo á inmarcesible altura.

La misma en cida, á su despecho, nombra
La gloria con que el genio se reviste:
El destello no fuera sin la sombra,
La sombra afirma que la luz existe.

SALVADOR C. DÍAZ.

1893.

EL TÉTANOS.

(TESIS PÓSTUMA).

Al hacer el presente estudio sobre la enfermedad que he escogido como tema de mi tesis, me ha guiado tan solo el objeto de llamar la atención sobre una afección caracterizada por un cuadro clínico demasiado aterrador y aunque relativamente rara entre nosotros, es uno de los estados morbosos que presentan un pronóstico casi siempre mortal.

DEFINICIÓN.—El Tétanos, es una neurosis, infecciosa caracterizada por la contracción permanente y

dolorosa de la mayor parte de los músculos voluntarios, con exacerbaciones convulsivas que sobrevienen en forma de accesos.

VARIEDADES.—Se admiten en cuanto á su origen un tétanos traumático y uno espontáneo; respecto á su marcha un tétanos agudo y otro crónico.

En cuanto á la variedad de tétanos espontáneo, su espontaneidad es cuestión muy debatida. La teoría dualista, no reconociendo más base que la de que en algunos tetánicos, no se ha podido observar lesión alguna en el organismo, debe ser rechazada, pues esa apariencia de absoluta espontaneidad, creo no será sino la consecuencia de un examen poco atento y ligero hecho en el enfermo.

Así lo prueban varias observaciones que Teissier, cita de Rumat, Verneuil, Cagnat, Manrel, Buisson, Chicoli-Nicoli, Betoli y otros, el primero observó un caso en donde al primer momento, no se pudo encontrar en un tetánico lesión aparente alguna y días después se notó un rasguño producido por la picadura de una palmera. Además, no es solamente por la piel lesionada de cualquier manera por donde el bacilo tetánico puede desarrollar el tétanos, las mucosas se constituyen también en puerta de entrada y nada nos prueba que el tubo digestivo, tan frecuentemente en contacto con dicho bacilo, no pueda sufrir una lesión cualquiera por donde pueda penetrar.

Además la acción del bacilo no siempre se manifiesta de una manera rápida, tiene su período de incubación y muchas causas pueden alargar este período; tiempo durante el cual puede muy bien una lesión pequeña, curarse por completo y no dejar seña alguna.

ETIOLOGÍA.—El tétanos puede ser producido por acción directa y por acción refleja. Es directa cuan-

do es producido por ciertos agentes tóxicos clasificados entre los venenos neuróticos y pertenecientes al orden de los excitadores reflejos ó espinales y que reconocen como tipo principal, la estrignina y la brucina; la acción es refleja ó indirecta cuando la irritación parte de un nervio periférico y es debida al traumatismo.

Esta enfermedad es microbiana, reconoce por causa primordial, la penetración en el organismo de un bacilo, el bacilo de Nicolaier, se presenta bajo la forma de finos bastoncitos de 3 á 4 milésimos de milímetro de longitud, ligeramente móviles, parecidos á alfileres ó palillos de tambor, pues como éstos, tienen una extremidad abultada ovalada que contiene un esporo dos ó tres veces más grueso que el bacilo, esférico, brillante.

Entre los diversos medios de la cultura, este microbio se cultiva bien en la gelatina y especialmente en el suero, es anaerobio. Este bacilo goza de gran resistencia respecto de los agentes físicos y químicos y principalmente sus esporos, el conocimiento de la vitalidad de éstos, permite explicar los casos de contagio posible á plazo remoto, las reapariciones aparentemente espontáneas de ciertas epidemias en localidades infectadas en época muy anterior.

El bacilo de Nicolaier, se encuentra muy esparcido en las capas superficiales del suelo, su presencia en éste, en las calles, jardines y campos, fue puesta en evidencia por Nicolaier, Chantemesse y Vidal, hicieron experiencias con polvos recogidos de cortinas y del pavimento de una sala en donde se habían desarrollado algunos casos de tétanos. Belfanti y Pescarollo, con telas de araña recogidas en una caballeriza. Estas observaciones prueban la diseminación del bacilo tetánico. Larger, No-

card, Beumer, lo han encontrado en clavos y astillas de madera, sucias de tierra, en los forrages como el heno, en los excrementos de ciertos animales, como el caballo, el buey, la vaca, su presencia en éstos, atestigua la virulencia especial de ciertas tierras abonadas y la aparición de esta afección, en jardineros, mozos de caballeriza, palafreneros, estas causas han contribuido para que al bacilo tetánico se le quiera dar un origen equino, casi exclusivo; lo cual está dudoso, pues, lo han encontrado también en lugares de crianzas de otros animales, como la oveja, el carnero; lo que se podría decir á este respecto sería que el caballo, la vaca y el buey son más tetaníferos que los otros animales. Nicolaier, le concedía un telúrico.

Este bacilo se encuentra casi siempre asociado á otros microbios, el micrococcus prodigiosus, por ejemplo, y esta asociación microbica según algunos autores, contribuye á aumentar la potencia del bacilo.

Siendo tan innumerables los puntos en que reside y puede desarrollarse dicho bacilo, extraña la rareza del tétanos; pero ésta depende de que el bacilo no ejerce su acción desde el momento en que penetra en el organismo, pues hay un gran número de causas que impiden su desarrollo y su acción morbífica. Está averiguado que no es el bacilo en sí el que produce el tétanos, sino sus productos de secreción, las toxinas producidas por el microbio; se han encontrado tres: la tetanina, tetanotoxina y la espasmotoxina, que algunos autores han aislado, y su inoculación á los animales ha determinado accesos de tétanos. Por consiguiente, á la difusión en el organismo de estos productos, se debe la acción patógena de dicho bacilo, pues si se inoculan cultivos jóvenes que

todavía no contienen tóxicas, se ha visto no desarrollarse el tétanos ó si se desarrolla es de una manera leve y esto cuando existen circunstancias que favorezcan su acción, como una debilidad de la economía, un traumatismo, etc. Vemos pues que no siempre ejerce su acción morbífica este bacilo, causas son estas que disminuyen la generalización del tétanos, así como hay otras que obran al contrario y que su conocimiento sirve para esclarecer la cuestión de epidemias y epidemias, observadas en hospitales, campos de batalla y ciudades, estas son: el frío, la constitución individual, las privaciones, los excesos, la aglomeración, el desaseo, etc.

Se complican más á menudo de tétanos, las lesiones que tienen su asiento en las extremidades, por su contacto más frecuente con el suelo ó con objetos sucios. La raza negra está más predispuesta que la blanca; pero es debido á la higiene tan defectuosa que guarda, la desnudez casi completa de su cuerpo, lo pone forzosamente más en contacto con la tierra y á esto se agrega la mayor exposición á las intemperies.

El hombre por razón de sus ocupaciones, se halla más expuesto que la mujer.

Una vez que ha penetrado el microbio en el organismo, puede no manifestarse ningún accidente, ya sea debido á que no ha encontrado en él los medios necesarios á su existencia ó ya también á su destrucción. Esta resulta de una verdadera absorción de los microbios por ciertos elementos orgánicos que se los incorporan y los destruyen.

A este procedimiento de lucha con los microbios hecho por elementos celulares del cuerpo, se da el nombre de *fagocitosis* y á los elementos celulares el de *fagocitos*. Estos son los leucocitos y acceso-

riamente las células de tejido conjuntivo, las células del bazo y las células epiteliales de los alviolos pulmonares. La presencia del agente infeccioso ó la acción de sus productos de secreción, determina la irritación de los tejidos y provoca la diapedesis de los glóbulos blancos, éstos englovan á los microbios, les aíslan y les impiden ejercer su acción morbífica, así es como algunas veces se libra la economía de su acción tóxica.

Gozan de este mismo poder bactericida, el suero sanguíneo, debido á sus materias albuminoides, ó á los cambios de composición que sufre y que le modifican de tal manera que los microbios no encuentran en él las condiciones necesarias para su evolución normal. La linfa parece gozar de la misma propiedad.

ANATOMÍA PATOLÓGICA.—El tétanos, no tiene carácter anatómico constante, las lesiones que se han observado en autopsias hechas en el hombre y animales muertos de esta enfermedad, son muy variables, no son aplicables sino á algunos casos y parece que son alteraciones secundarias.

Se han encontrado alteraciones de los nervios (hiperemia, proliferación de la neuroglia, neuritis, lesiones degenerativas) alteraciones de la médula, (degeneración granulosa de ciertas células) lesiones de los meninges. Dupuytren publica un caso de meningitis raquídeana, Nouet notó una hiperemia de la pia madre, espesada y adherida, alteraciones de los músculos, éstos ofrecen dos órdenes de lesiones, las unas mecánicas, como rupturas, hemorragias intersticiales; las otras patológicas, como degeneración de sus fibras; así como hay casos en donde no se ha observado nada.

SÍNTOMAS.—El tétanos se manifiesta por contracturas y por acceso-

tos convulsivos, á veces se anuncia por un malestar general, tiene un período de incubación de ocho á quince días, comienza casi generalmente por una rigidez dolorosa de la región cervico-dorsal, luego se presenta como fenómeno inicial el trismus, éste al principio moderado, está caracterizado por la contracción de los músculos maseteros, la que produce una dificultad en la masticación, luego la rigidez de la nuca aumenta y se vuelven imposibles los movimientos de flexión y extensión de la cabeza, la contracción y los dolores se propagan á la región bucal, tomando el individuo un aspecto risueño (risa sardónica), los músculos de la faringe se contraen, provocando disfagia, en este estado el enfermo no puede abrir la boca y el menor esfuerzo, hace aumentar la contracción, luego el calambre invade los músculos del tronco y de los miembros, el tronco se encorva ya hacia atrás, actitud que se llama *opistótonos*, mas rara vez hacia adelante, *emprostótonos* ó hacia un lado *pleurostótonos*, el vientre se hunde por la contracción de los músculos abdominales, los miembros inferiores tetanizados en extensión, siendo más raramente atacados los miembros superiores. Esta tetanización, no es continua, se presenta por accesos, durante los cuales se exageran las actitudes que acabamos de indicar, provocando dolores atroces é intolerables, repitiéndose los accesos á intervalos muy cortos, y bajo la influencia de causas insignificantes, como la acción de hablar, el roce de las ropas, un esfuerzo cualquiera; en fin la más ligera excitación aumenta la demasiada hiperexcitabilidad de la médula, apareciendo por acción refleja, ésta se produce á causa de la irritación de los nervios sensibles periféricos, que transmitida por las raíces posteriores á las células mo-

toras de la región medular correspondiente, volvería por los nervios motores á los grupos musculares provocando su contracción. La actitud que más se acentúa es el opistótonos, al grado que el enfermo por la excesiva dureza de sus músculos, se encorva en arco, no descansando más que sobre la nuca y los talones. El enfermo, cianótico, bañado de sudor, no pudiendo hablar ni hacer la menor señal, es torturado por los más crueles sufrimientos conservando intacta su inteligencia. Los accesos al principio pueden guardar intervalos largos. En nuestro Hospital, el año pasado y en el servicio del doctor don Carlos Bonilla, se vio un caso con éxito feliz y cuya observación pongo al fin de ésta, en el cual los accesos desde el principio aparecían cada 10 á 15 minutos. La temperatura del tetánico llega hasta 41 ó 42°; sin embargo no hay fiebre, este aumento es debido al calor que desprenden los músculos en estado de contracción.

Los tetánicos, sucumben generalmente, por asfixia, debida á la tetanización de los músculos respiratorios.

DIAGNÓSTICO.—Una vez declarada la enfermedad es fácil diagnosticar el tetanos, pues sus síntomas son característicos; pero al principio no es así. Se confunde principalmente con la meningitis espinal y con el envenenamiento por la estrignina, con la primera tiene grandes relaciones, pero los espasmos en la meningitis son y permanecen parciales, no se generalizan como en el tetanos; con el envenenamiento, es más aún la semejanza; pero aquí el curso y los antecedentes aclararían el diagnóstico.

PRONÓSTICO.—En la mayor parte de casos es mortal.

TRATAMIENTO.—Antiguamente era muy variado á causa de que se

carecía de nociones etiológicas precisas, era puramente empírico.

El tratamiento es local y general.

El local consiste en hacer una desinfección absoluta de la lesión, principalmente de las heridas contusas, sobre todo las del pie ó de la mano, se extraerán los cuerpos extraños y se pondrá una curación anticéptica. Como medida preventiva conviene colocar entre los dientes, un tapón de corcho ó cualquier objeto duro, para asegurar la introducción de los alimentos, bebidas ó medicamentos. Dado su contagio, conviene aislar al enfermo y desinfectar los objetos que haya usado. Se ha aconsejado la amputación, la sección de los nervios, la cauterización; pero todos estos medios se han abandonado por inútiles y aun nocivos.

Los medios generales son muy variados, se han empleado los anestésicos, los paralizantes musculares, los antiflogísticos, los sudoríficos y los diuréticos. La electricidad, el masaje, el hielo, deben ser proscritos, porque pueden provocar nuevos accesos. Entre todos los medicamentos que se han empleado, ninguno ha dado mejores resultados que el cloral, preconizado por Lagenbeck en Alemania y Verneuil en Francia y las inyecciones subcutáneas de morfina.

El cloral debe ser administrado á grandes dosis, de 4 á 12 gramos diarios en solución.

Antes de concluir, pido á la H. J. D. su indulgencia y presento mis excusas por lo incorrecto de este trabajo.

San Salvador, mayo de 1894.

JOAQUÍN ELISEO CORTÉS.

JÉTANOS TRAUMÁTICO.

OBSERVACIÓN—1ª SECCIÓN DE MEDICINA—SALA DE GUADALUPE—CAMA Nº 62 SERVICIO DEL DOCTOR DON CARLOS BONILLA. 1893.

I C., de 36 años de edad, originaria de Sonsonate, vecindada en San Martín, entró á este Hospital el día 4 de julio del presente año.

Estado en que se encontró. Contracción tónica permanente de las mandíbulas, (Trismus) dolorosa rigidez de la región servico-dorsal y de los miembros inferiores, el tronco y la cabeza dirigidos hacia atrás (opistótonos) contracturas de los músculos de la cara (risa sardónica) piel cubierta de sudor, temperatura 39°5, inteligencia íntegra, miembros superiores ilesos.

Interrogada la enferma acerca de la causa y origen de su enfermedad dijo: que estando planchando un poco de ropa el 11 de junio, salió fuera de la pieza y al salir se dio un *estacón* en el pie izquierdo en la región plantar con un *clavo* que estaba en una tabla y en el suelo, que ya no pudo continuar de pie, logrando contenerse la hemorragia momentos después, y persistiendo el dolor, la herida se le inflamó y supuró, pero considerando leve la lesión no le hizo caso, pasó así unos 20 días, al cabo de ellos, sintió de una manera brusca dificultad en la masticación, acentuándosele cada vez más: luego dolor y contracción de la espalda y por último entre las piernas; así permaneció dos días, no sintiendo ningún alivio con los remedios que le hicieron, determinó venirse al Hospital, á donde fue conducida en una carreta.

Al examinar la herida, vióse que ya no supuraba, permaneciendo aun abierta y bastante infectada, pues estaba rellena de tierra y fragmentos de carbón, procedente sin duda de la costumbre que tie-

nen ciertas personas de rellenar con tierra ó ceniza toda herida, no sintiendo dolor ni molestia en la lesión.

Los accesos aparecían cada 10 ó 15 minutos, durante los cuales las contracturas y espasmos se acentuaban más y eran sumamente dolorosos. Existían durante éstos, constricción de la faringe y algo de disnea, contracción del esfínter anal y por consiguiente una tenaz constipación, esfínter vesical indenne.

. **DIAGNÓSTICO.**—Por los síntomas que anteceden, las fáces y actitud de la enferma, la brusca aparición de la enfermedad, la circunstancia, de haberse dado la herida en el pie, con un agente que como el clavo por su forma y longitud debió haber penetrado á alguna profundidad por el peso del cuerpo, la infección de dicha lesión y por consiguiente la libre entrada por esta solución de continuidad del bacillus tetánico ó bacillus de Nicolaier y sus productos ó sean los tomains á la circulación; motivos son más que suficientes para presumir que el cuadro clínico que se nos presentaba es el del "Tetanos traumático."

TRATAMIENTO.—Día 4.—Desinfección de la herida, extracción de los cuerpos extraños y curación. Poción de 4,0 cloral. 1 inyección de morfina.—Día 5.—Poción de cloral 12,0 en todo el día. Lavativas azafétida una mañana y tarde para la constipación. Los accesos se repetían cada $\frac{1}{4}$ ó $\frac{1}{2}$ hora. Temperatura 39° durante los accesos. 1 inyección de morfina mañana y tarde. Días 6, 7, 8, 9 y 10.—Poción de cloral 12,0. Estado: sueño continuo de la enferma, espasmos no tan dolorosos, accesos con más larga intermitencia, estado de contracción lo mismo, constipación, piel cubierta de sudor.

Temperatura 38°,5. Lavativas azafétida mañana y tarde. Inyección morfina mañana y tarde.—Día 24.—La enferma puede acostarse en decúbito lateral. Poción cloral 10. Lavativas azafétida mañana y tarde. 45,0 sulfato magnesia en lavativas, continúa la constipación. Estado tetánico muy mejorado, los accesos se repiten cada 2 ó 3 horas. Inyección morfina mañana y tarde.—Día 25.—Estado tetánico ha desaparecido, pudiendo sentarse la enferma, los accesos le repiten cada 4 ó 5 horas. Por la noche de este día con motivo de un fuerte acceso el practicante de turno le puso una inyección de morfina. Medicación la misma.—Día 26.—Flemón formado en el punto de la inyección verificada en la noche anterior. Cataplasmas emolientes en el acceso. Poción cloral 8,0. Lavativas azafétida 1 mañana y tarde.—Día 27.—La misma dosis de cloral. 1 lavativa azafétida mañana y tarde. La enferma se para y puede andar. Amagos de accesos muy cortos. Laxitud muscular.—Días 28, 29, 30 y 31.—Resolución del flemón. Estado tetánico ha desaparecido. Constipación mejorada. Poción cloral 4,0 la enferma duerme perfectamente y dice sentirse muy bien. Lavativas azafétida mañana y tarde.

Día 8 de agosto.—La enferma dice estar ya buena, no siente más que dolores en los músculos, debidos sin duda al tiempo que ha permanecido en cama.

Día 14.—Sale de alta, completamente curada.

San Salvador.—1893.

Et interno,

J. E. CORTÉS.

NIÑOS POBRES.

¡Cuántos niños inocentes!
¡Qué tristeza, qué quebranto!
Llevan las gotas de llanto
Y los suspiros dolientes.

Es la pena,
Destrozadora cadena
Con que unidos van rodando,
Su mejillas ensuciando
En el polvo nauseabundo
Que la dicha pisotea,
"Y ufana se pavonea"
Orgullosa por el mundo.

* * *
Yo nací con su amargura,
Y en el frío sin abrigo,
Mi madre, pobre testigo,
Me lo ofreció con ternura.

En su seno
Niños, os mira el Dios bueno
Pintada allí en la mejilla,
Esa miseria ah! que humilla
En la tierra, no en el cielo
Donde iremos los que unidos,
Vagamos aquí perdidos
En horrible desconsuelo.

F. E.

Hacienda Atapasco, junio 1893.

NOVELAS CORTAS.

EL VETERANO.

AL GENERAL DON N. BOLET PERAZA.

Una tarde nos encontrábamos algunos amigos y compatriotas, todos vecinos del bullicioso "Cuartier Latine", al rededor de una mesa sobre la terraza que del "Café Plombier", da al Boulevard de los italianos, saboreando una taza de malísimo café; se charlaba alegremente y con los sorbos se mezclaban las alegres carcajadas, y con el ruido que producian las cucharitas de plata al caer sobre los platos se confundían las licenciosas palabras que de vez en cuando producía ese *sprit* endiablado del alegre "Cuartier Latine".

A una mesa que estaba situada

al lado de la nuestra llegó y tomó asiento un anciano venerable, que con orgullo ostentaba sobre el pecho la cruz de oficial de la Legión de Honor; con el respeto que inspira uno de estos antiguos soldados del Imperio, me propuse observarle y descubrí una profunda cicatriz que en la frente tenía cubierta con un mechón de cabellos de plata.

Aquel anciano me inspiraba cariño y respeto; me parecía uno de aquellos bravos que en Sedán no transigían con la eterna vergüenza caída sobre la Francia por la ineptitud, por la debilidad de aquel á quien Hugo, el gigante, llamó irónicamente "Napoleón el chico": aquel anciano me era sumamente simpático, y juzgué necesario hacer conocimiento con él; me parecía que en la vida de aquel hombre se ocultaba una epopeya inenarrable.

Firme en mi propósito, me atreví á saludarlo; contestó él con suma cortesía, y, alentado por tan buen principio me decidí á ofrecerle una copita de kirsch en nombre del Imperio, pues le creí un imperialista de tomo y lomo. Aceptó gustoso; pero me hizo una objeción, y fue la de que no tomaría por el Imperio, pues fue, me dijo, la ruina de la Francia y de tantos males que sobre ella cayeron.

Empezamos por hablar de la Francia del gran Napoleón: hablamos de Austerlitz, del puente de Arcole y de Marengo; y el viejo veterano á cada narración, á cada nuevo acto de heroísmo recordado, se entusiasmaba más y más, y parecía verse brillar sobre su frente una bella aureola.

Por uno de esos giros caprichosos la conversación recayó sobre la gran lucha del 70; quisimos que el viejo veterano hablase, y éste, después de atusar sus largos y

blancos bigotes, empezó su relato así:

Fue la víspera de la rendición de Sedán; estábamos en Ixelles; el Coronel Villers era el primer jefe del 9º regimiento de cazadores de Africa, del que era yo segundo; había que dar una carga á la infantería prusiana; eran las tres de la tarde: hacia un hermoso tiempo. Los prusianos tenían listos sus cuadros, y, desde muy temprano, habían empezado á molestar á nuestros artilleros, sin dejarlos ponerse en batería.

El Coronel Villers, sereno, y paseándose sobre su brioso alazán, frente á su regimiento, esperaba con impaciencia la señal convenida para caer como un rayo sobre aquella turba de foragidos; cuando á lo lejos se dejó oír el eco estridente de un clarín; el Coronel me llamó aparte, y después de darme sus órdenes, me estrechó la mano, y me dijo: esta noche cenaremos juntos en Sedán.

El corneta de órdenes tocó á la carga, y los cornetas todos del regimiento repitieron el bélico toque: no se esperaba más que la señal ejecutiva para que aquella columna de carne humana cayera como un solo hombre sobre los cuadros prusianos.

Sonó la señal, y la cabeza de la columna, apretando los acicates en los ijares de los briosos caballos, se lanzó sobre los cuadros como un grupo de genios! "Tacto de codos!" —gritó el Coronel, y en la veloz carrera las filas se abrieron poco á poco. Los prusianos nos recibieron con una granizada de balas que estremecían el cielo con su silbido de muerte; aquella lucha era de bravos contra bravos; la carnicería empezó de una manera atroz; á la luz crepuscular de la tarde, los sables, al caer, parecían rayos que descendían para levantarse llenos, sedientos de sangre,

para volver á caer con mayor ímpetu salvaje; doquiera se veían cuerpos mutilados, revolviéndose entre los caballos moribundos que, en el estertor de la agonía y en las horribles convulsiones de la muerte, dejaban su huella en alguno de aquellos infelices que se revolcaban en un lago de sangre y de cieno. Aquel hacinamiento de carne humana, era terriblemente hermoso.

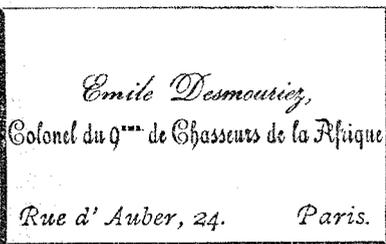
El Coronel Villers había marchado á la cabeza de su regimiento de bravos, y desde el principio de la lucha le perdí de vista; cuando ordenó la carga le ví partir al galope de su caballo con los largos bigotes grises echados hacia atrás por el viento, los ojos azules despidiendo llamas; me pareció ver en él á uno de esos genios que nos pintan en las *Mil y una noches*; aquella vez lo encontré soberbiamente hermoso. Después..... no le ví ya más.....

El teniente Martín, abanderado del regimiento, se encontraba acosado por cuatro prusianos que en vano pugnaban por arrancarle el glorioso pabellón tricolor; él luchaba como un león; el oficial se había tornado titán; la lucha era heroica; digna de la epopeya. El teniente cayó herido de muerte cuando le ví, y los soldados prusianos se habían apoderado ya de él; apunté con mis dos pistolas á dos de ellos, y á la detonación vacilaron sobre sus talones y cayeron para revolcarse en su propia sangre; no me quedaba más arma que mi sable, y con él me arrojé sobre los otros dos para arrebatárselos; no sé cuanto tiempo luché, pues cuando tenía ya el pabellón en la mano, caí herido por un sable. Y el veterano, nervioso, con los dedos crispados y los ojos despidiendo llamas, apartó el mechón de pelos blancos y nos mostró su gloriosa cicatriz.

El veterano siguió su relato así: Cuando desperté del letargo en que me sumiera la herida, me encontré en una fábrica de paños de Sedán, y allí supe que el Coronel había muerto aquel día en Ixelles,—(y enjugó con el pañuelo una lágrima que rodaba por sus tostadas mejillas); la orden general de ese día registraba mi ascenso á Coronel, y se me hacía primer jefe del 9º de cazadores de Africa, cuando no había más que combatir, cuando la consumación de la eterna vergüenza estaba ya sancionada con la rendición de Sedán. Y decía aquello con un tono de amargura, que nos llegaba al alma.

—Tres meses pasé en Sedán entre la vida y la muerte, y cuando volví á París todo había pasado ya; continuaba como siempre alegre y bullicioso, y como si por sus calles no se hubieran paseado los victoriosos cascos prusianos, y los horrores de la Comune no hubieran hecho ningún estrago en sus preciosos y ricos edificios. Así concluyó su relato el viejo veterano, y nosotros que le habíamos escuchado con místico recogimiento, nos encontrábamos verdaderamente impresionados.

Era muy tarde ya y el Coronel, después de obsequiarnos una copita de riquísimo *Chartreuse*, se retiró, habiendo recibido cada uno de nosotros su tarjeta que decía así:



ISMAEL G. FUENTES.

NOTAS.

DE LA ACADEMIA Y DE LOS ACADÉMICOS.

La recepción como académico de mi antiguo amigo Manuel del Palacio, ha venido á renovar la eterna discusión sobre si los literatos comienzan su vida literaria por hablar mal de la Academia y acaban por entrar en ella.

Sin duda ninguna que sucede así, y no lo digo por mí, que no recuerdo haber atacado nunca á aquel Cuerpo ó institución. La Academia es, en las letras, lo que el Gobierno en la política. Todo el mundo ataca al Gobierno y todo el mundo quisiera formar parte de él. Todo el mundo sabe en su casa ó en el café ó en el círculo de sus amigos, cómo se debe de gobernar, pero pocos al llegar al poder dan gusto al público. Cada vez que la Academia elige un nuevo académico, la literatura, representada en quinientos ó mil escritores de distintos géneros y condiciones, protesta, discute, comenta, envidia y censura. Y al cabo de diez, doce ó quince años, aquellos que envidiaron, comentaron, disintieron, si han trabajado bien y llegado á la popularidad ó á la consideración entran á la Academia sin duda ninguna. Pues si entran hasta las medianías, ¿por qué no han de entrar los que realmente valen? La Academia, contra lo que muchos aseguran, ni ha cerrado sus puertas á nadie, ni es reaccionaria, como se propala. La prueba de que no es reaccionaria está en que en ella figuran Castelar, Moret, Balart, Galdós, Palacio, Echeagaray, Balaguer y Núñez de Arce.

Creo yo que hoy por hoy los no reaccionarios están en mayoría. Ni es exclusivista ni difícil, supuesto que aún á los exiguos de condiciones les admitió. Con la entrada, muy lógica y muy razonable, de Manuel del Palacio, se prueba que á la Academia no le asustan los antecedentes políticos. Con la entrada de otros que están allí realmente *de favor*, prueba que á veces llega hasta la debilidad en sus admisiones. ¿Qué es, qué debe ser el acceso en la Academia? A mi entender, y antes

que todo, el resumen de una vida de trabajo literario. Podrá decirse que tanto mérito y tanto valer tiene el que ha hecho una sola obra notable, como el que ha hecho muchas. Indudablemente. Pero dado que la Academia viene á ser algo como la recompensa suma que una nación concede al que lo honró como literato, cuanto mayor haya sido la cantidad de trabajo del escritor, más condiciones tendrá para entrar y tanto más deben de tenerse en cuenta. El grado de Académico debe ser como el tercer entorchado que se le da á un General. Ya sé yo que hay generales que llegan á tales sin haberse batido nunca; pero en las letras no sucede lo mismo, y la hoja de servicios ha de ser larga para que la opinión pública no murmure. Novelistas, autores dramáticos, oradores, publicistas, llegan allí y proponen su candidatura cuando han hecho mucho, y forzosamente la Academia tiene que preferirlos.

Y los elige, y hace muy bien, sin tener en cuenta eso que tanto se discute de la corrección ó de la incorrección en el estilo; porque además de que casi todos los grandes talentos, en fuerza de ser espontáneos son descuidados, á todo el que ha creado y producido mucho le ha faltado el tiempo para limar y pulir sus obras. Incorrecto era Shakespeare; incorrecto Molière; incorrecto Cervantes; incorrecto nuestro gran Zorrilla, genio poético extraordinario; incorrecto Campoamor, cuyos versos no morirán, porque están encarnados en el espíritu nacional; incorrecto Galdós, en cien pasajes de sus hermosísimas y popularísimas novelas; incorrecto fue Balaguer, que será eterna gloria de Cataluña y de España; incorrectos casi todos los que en una vida constante de labor han tenido que vivir al día y no han tenido, como otros, el tiempo necesario para retocar y rehacer sus versos y su prosa, aparte de que eso les hubiera hecho perder de frescura; y por eso la Academia no les ha cerrado las puertas, entendiéndolo, sin duda, que junto á los primores de estilo de los Cánovas, los Silvas, los Tamayo, los Núñez de Arce, los Palacio, los Martos, los Castro y Serrano, y tantos otros correctísimos, deben tener allí su puesto los que la multitud, el gran público, como

dicen los franceses, ha levantado, y seguido y leído con gusto y con asiduidad durante largos años; porque lo repito, aquella casa, si no representa premio á largos servicios, no tiene razón de ser, y al reunir solamente bajo su techo á una docena de excelentes gramáticos y hablistas, tendría que contentarse con ser una reunión de pedantes ó de ilustres profesores de humanidades.

¡Ya se ve! Los críticos, esos que son críticos y nada más, que no producen ni son capaces de producir, y que viven de buscar los defectos sin hacer caso de las buenas cualidades de las obras ó de los que las hacen, tienen que criticar, no solamente á los académicos probables, sino á la Academia misma. Para ellos, ser académico implica ser sabio y escribir sin defectos, y esta es una equivocación, lo mismo aquí que en los demás países. Lo mismo ha llegado á la Academia francesa Meilhac, autor de comedias festivas, que Halevy, autor de un sin fin de operetas bufas; que Loti, literato completamente iletrado, que tuvo la franqueza de confesar al pronunciar su discurso de entrada, que nunca había leído nada, con con lo que probó que entraba como productor, como creador de obras llenas de encanto y que se han vendido por cientos de millares de ejemplares. Lo mismo ha sido recibido allí Dumas, que un poeta de origen español, José María de Heredia, del cual puede decirse que ha conquistado el país y la Academia con sus hermosos versos, escritos en un francés tan puro que á los mismos franceses ha vencido. Pues éste, que es la corrección suma, figura en aquella Academia al lado de escritores popularísimos, cuyo estilo según sus mismos compañeros de corporación, deja mucho que desear. Cervantes, decía hace pocos días D. José de Castro y Serrano, que es autoridad mayor en la materia, no es probable que estudiara sintaxis ni prosodia, y en cuanto á la ortografía, la tenía deplorable, como todo el mundo sabe. "No siguió carrera determinada. Sentó plaza de soldado en Roma. Peleó en el combate de Lepanto. Fué cautivo en Argel. Obtuvo del Gobierno un empleo con cuatro pesetas diarias..." Y el señor Castro y Serrano termina diciendo con so-

bria elocuencia: "Y escribió el *Quijote*."

¿Quién dudará de que Cervantes era, como dicen, ahora *academizable*?

No es, pues, de extrañar que las Academias, con mejor juicio que el vulgo literario, se fijen para admitir en su seno á los escritores, primero en su notoriedad, después en su hoja de servicios. Y cuando ocurren casos como el de D. Marcelino Menéndez Pelayo, verdadero fenómeno de talentos, se ve que en la misma Corporación han ingresado los que, como él, saben *de todo*, y los "especialistas" si se me permite la frase. D. Manuel Bretón no hizo en su vida más que comedias festivas de costumbres de la clase media, y á la Academia fue á parar, con grandísimo derecho. Los oradores, que una vez muertos, dejan, como los cómicos, tan poco detrás de ellos, tienen allí su puesto lógico, como artistas de la palabra, y aunque suele decirse que la política los lleva á la gloria literaria que la Academia implica, no debe de juzgarse así de su acceso. Muerto Martos, la entrada de M. ret era, á mi juicio, irdis- cutible.

Si las Academias no son más fáciles en admitir escritores en su seno, debe- se á que cuentan con muy reducido número de sillones, y á fe que eso está muy bien entendido; porque si con tan pocos sitios hay tantas pretensiones, las Academias no tendrían tiempo ma- terial de ocuparse en elegir ó rechazar candidatos; pero no se les puede negar que más tarde ó más temprano hacen justicia á todos. En una palabra, dentro del mundo literario es *moda* hablar mal de la Academia, lo mismo aquí que fuera de aquí; pero no por eso se deja de tener siempre los ojos puestos en ella.

Y alguien dirá ahora. Este señor que así habla de la sabia Corporación, ¿tendrá tal vez la intención de echar su memorial como los demás?

¡Indudabl mente!

Creo que después de treinta y cinco años de constante labor literaria, cuando se han dado al teatro sesenta y dos obras dramáticas, y escrito veintiséis volúmenes de prosa y verso, y algo como tres ó cuatro mil crónicas y artícu- los literarios en los periódicos del país natal y del extranjero, y cuando en ca- torce años de vida en el extranjero se

ha propagado y celebrado y servido con franco desinterés á todos las celebra- des literarias españolas, creo, repito, que hay *derecho* para echar su memorial y pedir á la vejez que asoma un poco de reposo en el seno de ese Senado de las letras. Y en esto no hay vanidad alguna; la vanidad sería decir que ese inmenso trabajo es bueno. No expon- go sino el derecho, y ese se puede de- fender siempre y sin rodeos.

Pero para llegar á ello se necesita, sin duda ninguna, ir y venir, y rogar, y su- plicar, y *trabajar*, en una palabra, una elección, y yo no tengo ni tiempo ni ca- rácter para hacerlo. Lo mejor será, pues, dejar el tiempo correr, porque también es verdad que las cosas lógicas y naturales vienen siempre por sus pa- sos contados.

EUSEBIO BLASCO.

MISCELANEA.

ENVIAMOS la expresión de nues- tra condolencia á las apreciables familias Cortés y Azurdia por el sensible fallecimiento de nuestros queridos amigos y compañeros los doctores don Joaquín E. Cortés y don Francisco Azurdia.

El intenso pesar que aflige á las familias de los que ayer no más eran esperanza legítima de la pa- tria, es pesar nuestro, porque co- nocimos las hermosas cualidades de ambos y porque unidos á ellos por sincera é íntima amistad, que principiada en las aulas del cole- gio, se estrechó aun más en los claustros universitarios, vemos en redor nuestro dos sitios vacíos, que no serán llenados, toda vez que esos afectos de la edad primera nun- ca se sustituyen.

Ambos jóvenes se habían dedi- cado al noble ejercicio de la Medi- cina y Cirugía, y debido á su cons- tancia é inteligencia, muchas vícti- mas disputaron á la muerte. Do- tados de magnánimo corazón, en su labor profesional, como en to- dos los actos de su vida, se capta-

ron el aprecio general y la consideración más distinguida.

“La Juventud Salvadoreña”, junto con sus votos los más cariñosos, lleva á esas tumbas las tristes flores de la despedida y la inmarcesible corona de sus recuerdos.

B ENVENIDA. — La damos muy cordial á nuestro querido amigo, el laureado poeta don Vicente Acosta, quien después de larga ausencia ha vuelto al seno de la patria. Ofrecemos al señor Acosta las columnas de “La Juventud Salvadoreña.”

UN ANGEL MÁS. — El señor don Francisco A. Gamboa, antiguo colaborador de “La Juventud Salvadoreña,” acaba de sufrir la pérdida de su tierno y precioso niño FRANCISCO AUGUSTO. Sentimos que la dicha de los estimables esposos Gamboa, haya sido anublada por tan íntimo y repentino pesar.

“MARÍA” se titula un lindo poema que con amable dedicatoria nos ha enviado nuestro estimado consocio don Sixto Morales, distinguido poeta peruano. El señor Morales es muy joven; pero se ha conquistado ya una merecida fama por sus bellas producciones, llenas de sentimiento é inspiración, y de forma delicada. Ha sido ya juzgado muy favorablemente por plumas respetables, como la de doña Mercedes Cabello de Carbonera, y ese justo renombre que ha adquirido á la temprana edad de veinte años es una promesa de gloria para las letras americanas. Enviamos á nuestro querido amigo y compañero señor Morales, un cariñoso saludo, junto con nuestros más expresivos agradecimientos por su precioso obsequio.

“LA VIOLETA.” — Con esta bella denominación acaba de inaugurarse en la hermosa y culta ciudad de San Vicente, una sociedad líri-

ca, formada por inteligentes y entusiastas señoritas, entre las que figuran las simpáticas artistas Leonor Marín, Rosario Rodríguez, Emilia Angulo y otras no menos estimables.

En nombre de la “Juventud Salvadoreña” saludamos cordialmente á la sociedad lírico “La Violeta,” haciendo votos por su constancia y prosperidad, para bien del arte nacional.

En el lugar correspondiente publicamos el discurso pronunciado por nuestro amigo y consocio el Dr. Cháves en la inauguración de la mencionada Sociedad.

DR. RAFAEL NÚÑEZ. — “La Juventud Salvadoreña” se asocia de corazón al duelo general de América, por el fallecimiento de este eminente hombre de Estado y literato insigne, y envía en particular sus expresiones de condolencia á la honorable familia del ilustre difunto y á la culta Colombia, que ha sufrido una pérdida irreparable con la muerte de uno de sus más grandes hijos.

TESIS. — A nuestro malogrado amigo Joaquín Eliseo Cortés sólo le faltaba para obtener el título de doctor en Medicina y Cirugía el último examen público, pues había rendido ya todas las demás pruebas y hasta impresa tenía la Tesis presentada á la Junta Directiva de la Facultad, cuando se interpuso la muerte, agostando en flor una existencia que habría sido de seguro consagrada al bien de las clases desgraciadas. Como la Tesis de Cortés no circuló, para que esa producción, último fruto de un joven inteligente y estudioso, no quede ignorada, tenemos particular gusto al insertarla en el presente número de nuestra Revista.